

133821

Sete 30/11

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA ACADEMIA

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ALMONEDA DEL DIABLO,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO.

OCTAVA EDICION.

1614

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.
1871.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

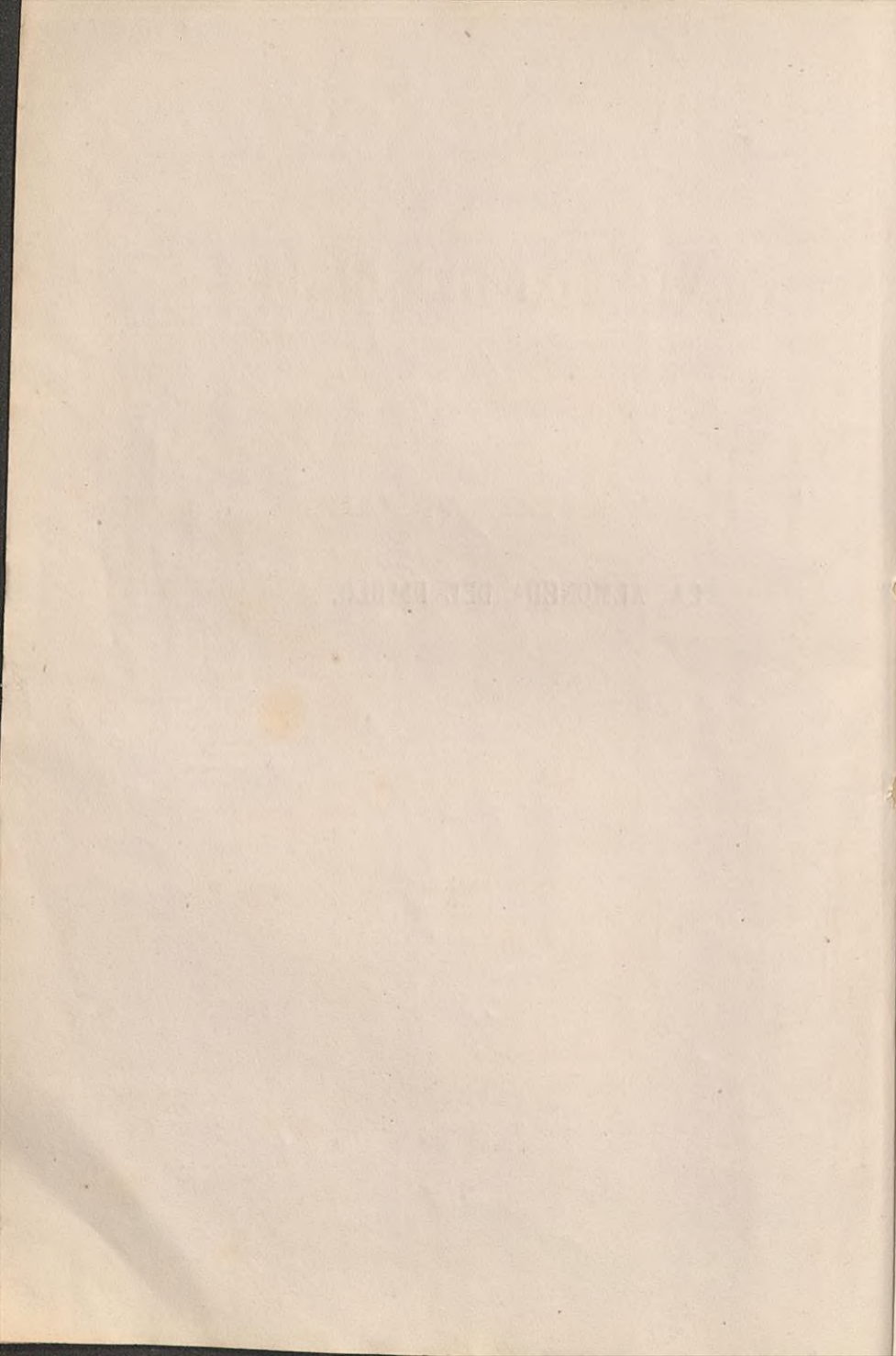
Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A cara de cuervos.
A cara de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empuña un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catalina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniol.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mil y los blancos.
Deudas de la honr.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Esta loca!

En mangas de camisa.
El que no cace... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma de tener novio.
El afán de tener novio.
El juicio publico.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las cos-
tas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El torobado.
El Diabolo.
El Arte de ser feliz.
El que no lo corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspada.
Herencia de lagrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de torador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chancelon.
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapalero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de San Juan.
Las aparencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lámpara mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdid.
La escuela del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Las tres benquerros.
Las hermanas de la Caru.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los polbres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla alegórica.
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Rif.

LA ALMONEDA DEL DIABLO.

José Rodríguez



LA
ALMONEDA DEL DIABLO,

COMEDIA DE MÁGIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ESCRITA POR

DON RAFAEL M. LIERN,

MUSICA DE

DON LEANDRO RUIZ.

Refundida por su autor y ejecutada en el Teatro del Circo el 16 de Enero
de 1864.

OCTAVA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 19.
1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARIBLANCA.....	Doña JOSEFA HIJOSA.
CATALINA.....	BALBINA VALVERDE.
FLORINDA.....	CONCHA ALBA.
JAZMIN.....	JOSEFA OSORIO.
BLASILLO.....	DON JOSÉ MIGUEL.
LISARDO.....	MANUEL OSORIO.
FUENTESECA.....	ENRIQUE ARJONA.
MAESE PEDRO.....	JUAN LOPEZ BENETTI.
REPRESENTANTE.....	NATALIO JURADO.
JUAN.....	MANUEL CASTELLÓ.
RAPIÑA.....	ENRIQUE MARTINEZ.
CRIADO.....	MANUEL VERA.
PREGONERO 1.º.....	JOSÉ BULLON.
IDEM 2.º.....	JUAN RIQUERO.
ALDEANO 1.º.....	JOSÉ DIEZ.
IDEM 2.º.....	JUAN REIG.
ESTUDIANTE 1.º.....	N. N.
IDEM 2.º.....	N. N.
UNA MUJER.....	Doña INOCENCIA LOPEZ.

Aldeanos de ambos sexos, criados, lacayos, alguaciles, un ejército de monos, hadas, ninfas, odaliscas, brujas, habitantes de Jáuja, habitantes del templo de la felicidad, negros, etc., etc.

El autor prohíbe la representación de esta comedia sin la música del maestro Ruiz, escrita expresamente para ella.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO.

Valle pintoresco.—En segundo término, á la izquierda, casa rústica con puerta y encima ventana, ambas practicables. Á la derecha, en segundo término, el establo de Blasillo.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, ALDEANOS DE AMBOS SEXOS en traje de día de fiesta.—En seguida MAESE PEDRO, despues FLORINDA y CATALINA.

Los aldeanos cantan una seguidilla á la puerta de la casa de Maese Pedro.
Las aldeanas traen flores y frutas para ofrecer á Florinda. Mucha animacion.
Terminada la copla, asómase á la ventana Maese Pedro.

CORO.

No te adornes, Florinda.

Qué más adorno

que tu boca de mieles,

tus negros ojos,

y esos cabellos,

que hasta al oro más fino

producen celos?

M. PEDRO. (Desde la ventana.) Alabado sea Dios.

UN ALD. Viva Maese Pedro!

TODOS. Viva!

M. PEDRO. Gracias, amigos míos, muchas gracias. De buena gana bajaría en este momento á daros un apretón de mano... pero no encuentro los gregüescos...

JUAN. Tan tarde y desnudo todavía, Maese Pedro?

M. PEDRO. De qué te admiras? Sabes tú lo que hay que hacer en una casa un día de boda? La única persona que nada hace es la novia. Y si no, apuesto algo bueno á que mi hija há dos horas ya que está vestida. (Llamando.) Florinda? Florinda?

FLORINDA. (Dentro.) Allá voy.

M. PEDRO. Sal, hija mía, sal inmediatamente.

FLORINDA. (Sale bastante desnuda de espalda, y al ver tanta genle, entra en su casa precipitadamente.) Ay!

TODOS. (Riendo.) Já, já!

MUJERES. (Escandalizadas.) Huy!

M. PEDRO. Cáspita! Pues me he equivocado. Eh, muchachos, no mireis! Ea, que no mireis os digo! Tened la bondad de volveros de espalda. Vamos, hombre, qué tontería! Eso es, así: moralidad sobre todo. (Los hombres miran con avidez hácia el interior de la casa, las mujeres les obligan á volverse de espaldas.)

CATALINA. Pedro?

M. PEDRO. Catalina?

CATALINA. Ya he encontrado los gregüescos.

M. PEDRO. Voy. Lo habeis oido? esperad un momento: soy con vosotros.

CATALINA. Bajas?

M. PEDRO. Sí. Mira, hija, no salgas á la puerta si no estás completamente vestida. (Desaparece de la ventana. Sale Catalina.)

CATALINA. Qué? Hola! Ya he oido vuestra cancion. Es muy bonita.

JUAN. Buenos dias, Catalina. (Todos saludan y la rodean afectuosamente entregándole las frutas y las flores.)

CATALINA. Felices los dé Dios. Parece que cuando no es para trabajar se madrugaba con más gusto, eh?

- JUAN. Y cuando es para una boda... mucho mejor. Digo, y una boda como ésta; pues qué, todos los días se casa un potentado?
- CATALINA. Un potentado! Maldita la gracia que me hace ver casar á mi hija, que no tiene más que diez y ocho años, con un vejancon de sesenta, por más títulos de nobleza que le adornen, ni más onzas que apalée.
- JUAN. Pues yo no creo que haya mayor felicidad que casa una hija y saber que no ha de carecer de nada.
- CATALINA. De nada, de nada!... Eso es lo que tú no puedes asegurar. La dicha no consiste en las riquezas.
- M. PEDRO. Mariblanca? Mariblanca? (Sale Maese Pedro atacándose los gregüescos.)
- MUJERES. (Escandalizándose otra vez. Los hombres se rien.) Ay!
- M. PEDRO. Pero muchachas, qué es eso? No veis que estoy decente? No seais gazmoñas. Juan, Antonio os espera en la bodega. Id á beber un trago á la salud de los novios.
- JUAN. Sí? Vamos á remojar el gazzate, compañeros. Viva Maese Pedro!
- TODOS. Viva! (Alegria y movimiento.)
- JUAN. Viva Catalina!
- TODOS. Viva! (Juan empuja á los del acompañamiento, que se dirigen hácia la bodega en tropel y alegremente.)
- M. PEDRO. Gracias, muchas gracias... Ah! y cuenta con dejar una sola gota en la cuba, si no quereis que perdamos las amistades. Lo que es ser persona de calidad! Qué bien sienta esto de ser el objeto del entusiasmo popular! (Con ridiculo aire de importancia.) Pero ahora que me acuerdo... Mariblanca? Mariblanca?
- CATALINA. (Presumido.) Qué quieres de Mariblanca?
- M. PEDRO. Que me busque el sombrero, que no sé por dónde anda.
- CATALINA. Algun día vas á perder las medias sin quitarte los zapatos.
- M. PEDRO. Hija, estoy aturdido. Ya ves, es natural. Esto de...

Mariblanca? Apuesto cualquier cosa á que está todavía paseando su borrico. Parece imposible que pueda quererse tanto á un cuadrúpedo.

CATALINA. Sobre todo, tan feo como el nuestro. Bien es verdad que á nadie sino á tí se le hubiera ocurrido la idea de comprar un borrico rabon.

M. PEDRO. Es verdad; pero no es mía toda la culpa. Cuando hacíamos el trato, los gitanos me lo enseñaron de frente; yo de frente no pude ver si era rabon, y como soy incapaz de engañar á nadie, creía que todo el mundo era lo mismo.

CATALINA. Hombre más bobo?

M. PEDRO. De cada día siento más no haberlo vendido á los extremeños, que me lo compraban hace dos meses para hacer chorizos. Cree que si no hubiera sido por los lagrimones de Mariblanca... Pero hija, no perdamos el tiempo. Dispon lo que falte; de un momento á otro llegará el novio, y ya ves... (Con importancia.)

CATALINA. Sí, como es tan de mi gusto!...

M. PEDRO. Catalina!... pero hija, tú no sabes lo que dices! Ahí es nada el fortunon! Casarse nuestra hija nada ménos que con el señor don Alberto Pizarro de Quiñones, señor de Fuenteseca del Prado, vizconde de la Remolacha, etc., etc. (Óyese dentro ruido y una carcajada.)

MARIBLANC. Quereis dejar en paz á mi borrico? (Dentro.) Qué es feo? más feos sois vosotros, que teneis mal corazon. (Siguen las risas dentro.)

M. PEDRO. Esa es la voz de Mariblanca... (Viéndola aparecer.) No lo dije?

ESCENA II.

DICHOS y MARIBLANCA.

MARIBLANC. (Fingiendo que habla todavía con los de dentro.) Sí? acercaos á pegarle si sois hombres. Os hace algun daño el pobre animalito? Vaya que es mucho cuento!

M. PEDRO. Yo pensaba que hoy no volvía por acá su merced. Es esta hora de venir? Dónde has puesto mi sombrero?

MARIBLANC. Yo no le he visto desde el domingo pasado.

M. PEDRO. Dónde estaba?

MARIBLANC. Sobre vuestra cabeza?

M. PEDRO. (Desentonado.) Buena salida! Á ver si le buscas inmediatamente. Mete á Blasillo en el establo.

CATALINA. No grites, hombre, no grites... ven conmigo y lo buscaremos entre los dos. (Entra en su casa.)

M. PEDRO. Voy en seguida. Por supuesto que en cuanto pasen otra vez los extremeños... te quedas sin borrico. Vive prevenida. (Váse.)

ESCENA III.

MARIBLANCA.

Quieren venderlo! Pobre Blasillo! No tengas miedo, que yo te defenderé. (Dirigiéndose dentro á la derecha.) Tú me comprendes, no es verdad? Nos entendemos perfectamente. Yo creo, que si lo quiero tanto, es por la rabia que le tienen todos. Rabia injusta, por supuesto, porque no he visto un asno de más talento que Blasillo. Ni rebuzna, ni cocea... ni tiene mala intencion.

ESCENA IV.

MARIBLANCA y FLORINDA en traje de boda. Sale esta muy gozosa de su casa.

FLORINDA. No os impacientéis, amigos míos; ya estoy lista. Calla! pues dónde estan los convidados? Mariblanca, sabes por dónde andan los convidados?

MARIBLANC. Qué convidados?

FLORINDA. Vaya una pregunta. Los de mi boda. Pues qué, no sabes que me caso?

MARIBLANC. Sí, señora.

FLORINDA. Entónces... Anda, despáchate. Deja á Blasillo en el establo, y vuelve en seguida, que nos vamos á marchar de un momento á otro.

MARIBLANC. Que lo deje?

FLORINDA. Digo, como no quieras que venga de testigo á casa del escribano. Anda, que te despaches he dicho.

MARIBLANC. Al momento. Espera, Blasillo, hijo mío, espera ahí. Hoy te voy á poner pienso doble, que has paseado mucho. Tienes apetito? (Entra en la casa.)

ESCENA V.

FLORINDA. Tiene en la mano un bonito ramo de flores.

FLORINDA. Pero señor, dónde se habrá metido esa gente? No deja de ser gracioso lo que me está ocurriendo. Salir tan compuesta, y encontrarme sin más acompañamiento que Mariblanca y su borrico. (Rie.) No sé cómo me rio, porque, á decir verdad, lo que me ocurre es sério. Es posible que me case yo con un viejo, sin otra razon que la de ser rico, y que dentro de un par de horas me llame en vez de Florinda la señora de Fuenteseca? Si al ménos no amara yo á otro... pero si no puedo borrar de mi corazon la imágen de Lisardo!... (Óyese dentro una flauta.) Ah, es éll! Conozco su cancion! Amor sin esperanza! porque aún suponiendo que los dos nos quisiéramos mucho, cómo habia de consentir mi padre que me casara con un pobre pastor, mantenido casi por la caridad del pueblo? Imposible.. Ya está aquí. Apenas puedo dominar mi emocion. (Aparece Lisardo bajando por la colina.)

ESCENA VI.

FLORINDA y LISARDO.

LISARDO.

(En la fuente, en las flores,
en todas partes
ó real ó fingida
siempre delante.

Si es mi deleite!
si me muero sin ella!

Florinda siempre.

FLORINDA. (Por qué siempre me busca,
si no me ama?

Y si es que me quiere,
por qué no habla?
Voy á saberlo.)

Buenos dias, Lisardo. (Gozosa.)

LISARDO. Guárdeos el cielo. (Con amor.)

FLORINDA. Por qué senda bajásteis

(Con sentimiento é inocencia.)

desde la choza,
que no tuvo dos flores
para mi boda?

LISARDO. Cuantas crecian
destrozaban mi mano
si las cogia.

FLORINDA. Ni unos blancos jazmines

(Reconviniéndole con cariño.)

ni una azucena!

LISARDO. Como ofrenda de boda
traigo otra ofrenda.

FLORINDA. Cuál? (Con interés.)

LISARDO. De mi alma

y abrasando mis ojos...

estas dos lágrimas. (Amargamente.)

FLORINDA. Qué motiva ese llanto? (Con afán.)

LISARDO. Terribles celos!

FLORINDA. Y esos celos son hijos... (Id.)

LISARDO. De amor inmenso!

FLORINDA. Y esos amores? (Id.)

LISARDO. De una flor de este valle. (Con mucha intencion.)

FLORINDA. Cuál es su nombre? (Con deseo creciente.)

LISARDO. Nunca saldrá á mi boca.

FLORINDA. Su nombre quiero. (Con fuego.)

LISARDO. Imposible. (Me ahogo!)

FLORINDA.

(Duro tormènto!)

Por qué se calla?

LISARDO.

(Si no sabe de penas! (Con desesperacion.)

Si no me ama!)

FLORINDA.

Ese nombre decidme,

por Dios, Lisardo.

LISARDO.

Ved si acertais el nombre

por su retrato.

(Durante el tiempo que habla Lisardo, Florinda manifiesta en el semblante diferentes emociones.)

Es flor... que reina

sobre todas las flores

de la pradera;

puro su limpio cáliz

como las gotas

del rocío que ruedan

entre sus hojas ¹;

contenta vive

sin saber que hay pesares...

Es insensible!

Junto á la flor hermosa

un lirio vése...

que de amores por ella

suspira y muere;

y aunque le mata,

ni le mira siquiera!...

No tiene alma! (Mucha amargura.)

FLORINDA.

Yo á la flor no conozco...

mas me parece (Mucha amargura.)

que han de ser muy injustos

vuestros pinceles.

No hay flor sin alma! (Llorando.)

LISARDO.

Esa flor lo desdice...

Florinda! Lágrimas! (Viéndola llorar.)

Qué motiva ese llanto? (Con afan.)

1 Garcia Gutierrez. (El Grumeto.)

FLORINDA. Dolor profundo!
LISARDO. Y ese dolor es hijo?... (Id.)
FLORINDA. De amor oculto.
LISARDO. Y esos amores? (Id.)
FLORINDA. De una flor de ese valle. (Con intencion.)
LISARDO. Cuál es su nombre?
FLORINDA. Nunca saldrá á mi boca.
LISARDO. Su nombre quiero.
FLORINDA. Imposible! (Me ahogo!)
LISARDO. (Duro tormento!)
FLORINDA. Por qué no habla?
LISARDO. (Si no sabe de penas? (Desesperado.)
FLORINDA. (Si no me ama!) (Con amargura.)
LISARDO. Ese nombre decidme. (Fuego.)
FLORINDA. Nunca, Lisardo.

Ved si acertais el nombre
por el retrato.
Es flor que crece
del orgullo á la sombra:
por eso muere.

Junto al lirio, es un lirio,

(La frase *es un lirio* la dice significando que nada le importa que lo sepa; y á consecuencia de un movimiento de Lisardo.)

se alza una rosa:
que la adora él se cree,
mas no la adora...
que el amor grande,
más, mientras más se oculta,
del pecho sale.

De la rosa inocente,
qué quiere el lirio?
Que atrevida dé pruebas
de su cariño?

Qué es de una rosa
cuando el pudor se exhala
de entre sus hojas?
Mas la rosa sencilla.

- que el lirio quiere...
LISARDO. Pienso que son injustos
(Interrumpiéndola con pasión.)
vuestros pinceles.
El lirio la ama,
y se muere y...
FLORINDA. Entónces, (Con amor.)
por qué no habla?
LISARDO. Porque teme ofenderla
sólo al decirlo...
FLORINDA. Pero qué flor se ofende (Con reconvencion.)
de ser querida?
LISARDO. Peca de tímido...
FLORINDA. Porque ni ve ni sabe (Desesperada.)
lo que es cariño.
LISARDO. Salga por fin del pecho (Con fuego.)
donde se alberga
la pasión más oculta
que mi alma quema.
Corra á raudales:
si con ella os ofendo,
vos despreciadme.
Esa flor peregrina, (Viveza.)
bella y lozana,
pura como las tintas
de una alborada (Ansiedad en Florinda.)
de perlas y de oro...
esa flor... es Florinda!
Voz. Vivan los navios! (Dentro.)
Voces. Vivan! (Dentro.)
FLORINDA. Idos! (Con agitacion.)
LISARDO. Y el nombre (Con mucho afán.)
del lirio triste!
FLORINDA. Idos por Dios, Lisardo. (Con agitacion.)
LISARDO. Es insensible! (Dolor.)
Cómo se llama? (Con calor.)
FLORINDA. Idos por Dios, que llegán. (Reconvencion.)

LISARDO. No tiene alma? (Dureza.)

ESCENA VII.

DICHOS, MARIBLANCA, JUAN, MAESE PEDRO, CATALINA, FUENTESECA, el acompañamiento de la primera escena y ademas los criados de FUENTESECA.

ALDENOS. Vivan los novios!

TODOS. Vivan! (Echando los sombreros al aire.)

FUENTESEC. (Enfáticamente.) Basta, basta de vítores y aclamaciones.

M. PEDRO. Ah! conque es mi yerno, mi nobilísimo yerno? Y mi noble hija, por dónde anda? Héla aquí.

FUENTESEC. Estoy satisfecho de vuestra adhesion, y encuentro legítimo ese entusiasmo.

LISARDO. (Escucha la escena oculto detrás de un bastidor.) Ah! si yo fuera rico!

M. PEDRO. Por fin, señor, ha oido el cielo mis votos, dejándome ver el noble día en que uno de los hijos más nobles de la noble España... se ha dignado aceptar noblemente la... del... lo... diré más, diré... (Perdiendo el hilo de su discurso.)

FUENTESEC. No, no lo digais... guardadlo para otra ocasion. Comprendo que al dignarme descender hasta vosotros, enlazando mi noble mano con la de una plebeya, os hago un gran favor. Si mis abuelos levantarán la cabeza, se volverian probablemente á morir de rubor y de vergüenza; pero á mí me importa poco de mis abuelos. (Con mucha hinchazon.)

LISARDO. (Fátuo!) (Florinda mira casi-constantemente hácia el punto donde está Lisardo.)

FUENTESEC. Yo amo á Florinda con todas las fuerzas de mi espíritu... y no deseo sino adelantar la ceremonia cuanto sea posible. (Á Florinda.) El escribano nos espera. Podemos partir si gustais, y desde su misma casa pasaremos á la iglesia. Estais encantadora, hermosa Florinda.

M. PEDRO. Pues en marcha. (Dispónense todos á partir, pero sus-

penden la marcha á la siguiente indicacion de Fuenteseca.)

FUENTESEC. En marcha. Ah! esperad un momento: el amor me habia quitado la memoria. Al indicaros que podiamos partir, me habia olvidado de un aviso que he recibido esta mañana del escribano. Las cartas no podrán firmarse hasta las once...

M. PEDRO. Hasta las once?

FUENTESEC. Sí; hasta esa hora no acabará el señor Rapiña la almoneda que de oficio debe hoy verificarse en el castillo de Fausto el encantador.

FLORINDA. Qué, se hace almoneda en el castillo? (Extrañeza en todos.)

FUENTESEC. Pues no sabéis que ha muerto ese hechicero?

TODOS. (Con espanto y curiosidad.) Ha muerto!

FUENTESEC. Á mí me ha dado la noticia el escribano; y como entre los objetos que han de pregonarse, debe haber algunos muy curiosos, he resuelto que asistamos todos á la subasta. Yo quiero regalar todavía algo más á mi Florinda.

M. PEDRO. Demonio, demonio, demonio! (Temor en todos y repugnancia.)

FUENTESEC. Qué es eso, teneis miedo? Supersticiosos! Obedecedme. Qué se diría de vosotros! que érais unos cobardes. En, en marcha. Maese Pedro, capitaneando á los hombres. Vos, Catalina, á las mujeres .. El brazo, preciosa Florinda. Lacayos, á retaguardia. (Recobrando la alegría, márchanse todos confusamente.)

M. PEDRO. Viva mi noble yerno!

TODOS. Viva! (Mucha animacion.)

FLORINDA. Pobre Lisardo!

ESCENA VIII.

LISARDO, solo, deteniéndose despues de intentar seguir á Florinda.

Qué iba yo á hacer? Soy un insensato! Para qué seguirla? (Deja su sombrero sobre una roca que deberá hallarse á la izquierda en primer término.) Es inútil. Todo ha termi-

nado para mí. Acabemos con esta odiosa vida. Mañana, el primer albor del día descubrirá mi cadáver á la puerta de mi cabaña. (Una roca enorme da paso á Jazmin.)

ESCENA IX.

LISARDO y JAZMIN.

JAZMIN. Servidor amigo. Tendreis la bondad de decirme dónde para el castillo de Fausto el encantador?

LISARDO. Hélo allí: Dios os guarde. (Va á partir.)

JAZMIN. Mucha prisa llevais.

LISARDO. Toda la que exige el negocio.

JAZMIN. (Con cierta impertinencia.) Desagradable negocio por cierto.

LISARDO. Que sabeis vos?

JAZMIN. Teneis pintada la pena en el semblante.

LISARDO. Pues bien, si es mi gusto...

JAZMIN. Gusto... y vais á mataros?

LISARDO. Es un capricho.

JAZMIN. Triste placer é insensato capricho!

LISARDO. Y qué os importa? Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

JAZMIN. Algo bueno apostaria á que el origen de esa temeraria resolucion es una mujer. (Consigue fijar la atencion de Lisardo.)

LISARDO. Y aun cuando eso fuese cierto, no soy dueño de hacer lo que mejor me plazca?

JAZMIN. Si no hubiese otro remedio, convenido; pero como yo creo que hay uno muy fácil... Quereis oir un consejo?

LISARDO. Para qué?

JAZMIN. Os desprecian porque sois pobre?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Probad que no lo sois.

LISARDO. Habeis venido á burlaros. Cómo he de probar que soy rico, cuando no poseo ni un solo escudo?

2

JAZMIN. Que no, y apenas puede vuestro sombrero con el peso del oro?

LISARDO. (Con gran extrañeza.) Mi sombrero?

JAZMIN. Sí: vedlo y os convencereis. (Extiende Jazmin la vara: de la parte superior de la roca donde Lisardo dejó su sombrero, brota un cuerno de la abundancia que arroja sobre él infinidad de monedas de oro y plata.)

LISARDO. Qué es esto, Dios mio? qué poder misterioso?... Oro! Es oro efectivamente!... Perdonad, amigo; no me tacheis de ingrato. Gracias, pero no puedo detenerme. Voy á ver si compro todavía mi felicidad. Ah, si supiérais mi situacion!... Esas montañas son mi casa... si alguna vez necesitais de mí, preguntad por el pastor Lisardo. Guárdeos Dios.

JAZMIN. (Deteniéndole.) Una palabra. (Con mucha intencion.) Comprad un objeto cualquiera en el castillo.

LISARDO. Perdonad, hidalgo; pero no puedo detenerme. (Vase corriendo llevándose el sombrero lleno de oro.)

ESCENA X.

JAZMIN, solo.

Pobre muchacho! Hay que confesar que soy un género protector de una buena causa. Un amante á quien su pasion inspira la idea de matarse... bien merece que se le proteja... siquiera por lo rara que va siendo la especie. Ya, quién se mata por amor? Pero no perdamos el tiempo. Se acerca la hora de la subasta! Vamos al castillo de Fausto. (Húndese por escotillon.)

MUTACION.

ESCENA XI.

Gabinete corto en el castillo de Fausto. Representa este la oficina del hechicero con todos sus accesorios. Debe tener un aspecto

verdaderamente diabólico y fantástico. Sube por escotillon una mesa cubierta con tapete encarnado, alumbrado por dos velas verdes, únicas luces que alumbran la escena. Sobre la mesa recado de escribir y un cestito con los talismanes de la subasta. Jazmin sube sentado á la mesa,

JAZMIN.

Todavía faltan algunos minutos para la hora de la almoneda. Aquí están los talismanes. Triste suerte la mia! Conocer el valor de estos objetos y no poder adquirirlos. Lo interesante es saber á qué manos van á parar para destruirlos luego. Y esos imbéciles creerán que compran un juguete cualquiera!... Oigo ruido. Escondámonos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

El SEÑOR RAPIÑA, JUAN, cuatro ALGUACILES y dos PREGONEROS.—Estos personajes, exceptuando á Juan, deben ser muy ridículos.

RAPIÑA. Engaño como él! Esto ha sido una verdadera infamia.

JUAN. Pero señor escribano...

RAPIÑA. Callad, señor guarda-bosque!... Yo sé lo que digo; como que ha pasado ante mí. El encantador no era sino un hechicerillo de mala muerte. Bah! Un encantador de tres al cuarto; nada. Si hubiera sido un hechicero de suposicion, creéis que hubiera vivido en un castillo tan dismantelado como este? No se le hubieran encontrado grandes riquezas? Porque quién habia de suponer que los tesoros del brujo estuvieran reducidos á esta media docena de baratijas. (Las del castillo.) Buen chasco ha sido... No valia semejante miseria la pena de una subasta anunciada por medio de pregones públicos. En fin, cómo ha de ser! Pregoneros y alguaciles, á vuestros puestos

;

respectivos. (Colocándose dos alguaciles y un pregonero á la derecha, y á la izquierda los restantes. Los pregoneros en primer término.) Señor guarda-bosque, abrid las puertas para que entre el populacho. Alguaciles, os recomiendo la mayor compostura... (Siéntase.) Pregone-ros, os encargo toda la senioridad de que sean susceptibles vuestras laringes. (Los alguaciles y pregoneros saludan respetuosamente y quedan inmóviles.)

ESCENA XIII.

DICHOS, FUENTESECA, FLORINDA, MAESE PEDRO, CATALINA, MARIBLANCA, ALDEANOS, LACAYOS, etc. Poco despues LISARDO. Nótase en todos cierto temor supersticioso.

FUENTESEC. Qué apariencia tan diabólica! No tembleis, hermosa Florinda.

FLORINDA. Apenas puedo contener el miedo.

M. PEDRO. (Temblando.) Cómo es eso? Miedo... miedo... mírame á mí: yo no tengo miedo.

CATALINA. Pero estás temblando.

M. PEDRO. Es de frio. Si aquí hay más humedad que en una bodega.

RAPIÑA. (Con gravedad cómica y aire importante.) Silencio, señora. Se da principio á la subasta. Pregoneros, empezad.

LISARDO. Un momento, señor escribano. Las once no han dado todavía. (Extrañeza en todos al ver aparecer á Lisardo.)

RAPIÑA. (Mirando el reloj.) Las once han dado hace... hace medio segundo, y doy fé. Empezad, he dicho.

FLORINDA. (Él aquí!)

M. PEDRO. (Por Lisardo.) (Qué insolencia!)

MARIBLANC. Qué, bienes á comprar el castillo, Lisardo?

LISARDO. (Con cierta importancia.) Y por qué no? Bien pudiera ser. En fin, veremos lo que decido.

FUENTESEC. Una pregunta, señor Rapiña, si no incomodo.

RAPIÑA. (Con marcada adulacion.) Incomodar! Los ricos no incomodan nunca. (El actor encargado de este papel debe hacer

una caricatura.)

FUENTESEC. (Con desprecio.) Se permite á los mendigos asistir á estos actos?

LISARDO. (Con altanería.) Sí señor, si esos mendigos son tan ricos como cualquier potentado.

FLORINDA. (Qué dice?)

FUENTESEC. Sois un insolente, y os he de mandar apalear. (Animacion en todos para tranquilizar á Fuentesecca y Lisardo.)

LISARDO. Á mí?

FUENTESEC. Esa cuestion la dejaremos para despues. Podeis empezar, señor escribano. Hay muchos objetos preciosos?

RAPIÑA. Preciosos? Ahí teneis en ese cestillo todo cuanto ha de adjudicarse.

FUENTESEC. (Con disgusto.) Eso? (Lléganse todos á examinar el cestillo.)

M. PEDRO. Eso nada más?

RAPIÑA. Nada más que eso.

TODOS. Já! Já!

FUENTESEC. Y todas esas curiosidades? (Las de las paredes.)

RAPIÑA. Todas estas curiosidades han sido legadas por su dueño al museo nacional. (Grandes murmullos producidos por los comentarios que hacen los del acompañamiento.) Á ver, señores, orden y compostura. (Se restablece el orden.) Empezad.

PREG. 1.^o (Pregonando grotescamente.) Una pata de cabra.

TODOS. Já, já, já!

RAPIÑA. (Destemplado.) Silencio he dicho. Al que no calle, le suelto un alguacil. (Silencio.)

PREG. 1.^o Una pata de cabra.

FUENTESEC. Hombre, voy á comprarla para el extremo de un tirador. Cuatro reales doy por ella.

PREG. 1.^o Cuatro reales por la pata de cabra... cuatro reales... á la una... á las dos... á las tres. (Llega Fuentesecca á la mesa, paga y recibe la pata de cabra.)

RAPIÑA. Se adjudica la pata de cabra al excelentísimo señor de Fuentesecca.

PREG. 2.^o Una caja de píldoras. (Curiosidad en todos, que se repite 23-

da vez que se pregone un objeto nuevo. Todos los compradores hacen lo que hizo Fuenteseca al adquirir la pata de cabra.)

M. PEDRO. (Tienes tos, Catalina?)

CATALINA. (No.)

M. PEDRO. (Entonces no la compro.)

LISARDO. (No le vendrá mal la caja á la vieja Cecilia. Padece tanto del pecho... Ocho reales doy por ella.

PREG. 2.º Á la una... Ocho reales, á las dos... á las tres.

RAPIÑA. Cómo os llamaís?

LISARDO. Lisardo.

RAPIÑA. Vuestra profesion?

LISARDO. Pastor.

RAPIÑA. Se adjudica la caja de píldoras al pastor Lisardo.

PREG. 1.º Una cola.

CATALINA. (Á su marido.) Qué?

M. PEDRO. (Un rabo, torpe.)

RAPIÑA. (Al pregonero.) Hablad de modo que os entienda la plebe.

PREG. 1.º Un rabo. (Risa en todos.)

RAPIÑA. (Con aplomo y gran serenidad.) Silencio, señores. Á quién le hace falta un rabo?

FUENTESEC. (Qué pregunta!)

RAPIÑA. (Desentonado.) Silencio he dicho!

PREG. 1.º Una cola.

MARIBLANC. (Qué bien le sentará á Blasillo, que es rabon! Voy á comprarla.)

RAPIÑA. No hay quién ofrezca nada por la cola?

FUENTESEC. Me parece, señor escribano, que os vais á quedar con ella.

MARIBLANC. Yo ofrezco dos reales.

M. PEDRO. Es para el borrico, eh?

MARIBLANC. Sí señor.

M. PEDRO. Efectivamente, le estará que ni pintada.

RAPIÑA. (Al pregonero.) Decid á las tres, porque no habrá competencia.

PREG. 1.º Dos reales, á las tres.

RAPIÑA. Se adjudica la cola á...

MARIBLANC. Mariblanca, servidora de vuesarcé. Me marchó cor-
riendo; no quiero retardarle esta alegría á mi Bla-
sillo. (Váse llevándose la cola.)

PREG. 1.º Una ramita de oro.

FLORINDA. Qué bonita!

FUENTESEC. Os gusta? Voy á comprarla.

LISARDO. (No, mientras me quede un escudo.)

FUENTESEC. Un escudo.

PREG. 1.º Un escudo.

LISARDO. Tres.

PREG. 1.º Tres.

FUENTESEC. Seis.

PREG. 1.º Seis.

LISARDO. Doce.

FUENTESEC. (Disgustado.) Qué? (Interés en todos.)

PREG. 1.º Doce escudos... á la una.

FUENTESEC. Trece.

LISARDO. Catorce.

FUENTESEC. Demonio!

PREG. 1.º Catorce.

FUENTESEC. Quince.

LISARDO. Diez y seis.

FUENTESEC. Piensas, insensato, que voy á honrarte con mi com-
petencia? Quédate con la alhaja en buen hora. La
desprecio tanto...

LISARDO. (Con insolencia.) Como yo desprecio vuestros insultos.

FUENTESEC. Veremos si dices lo mismo cuando te mande cortar
las orejas. (Gran animación.)

RAPIÑA. (Levantando mucho la voz.) Basta, señores. Yo represen-
to aquí la ley, y en su nombre os mando callar. Con-
tinuad.

PREG. 1.º Diez y seis escudos á las dos .. diez y seis escudos
á las tres. (Háblanse todos para comentar esta adjudicación.)

RAPIÑA. Se adjudica la rama de oro al pastor Lisardo.

FUENTESEC. (Qué humillación!)

FLORINDA. (Juraría que la ha comprado para mí.)

PREG. 1.º Una caja de polvo. (Nueva curiosidad.)

- RAPIÑA. Creo que la habeis equivocado. Ved si es la de pol-
vo. (Ábrela el pregonero.)
- PREG. 1.º Es la misma efecti... (Estornuda.) Achit!
- TODOS. (Estornudando.) Achit!
- PREG. 1.º Jesús!
- TODOS. Jesús!
- M. PEDRO. No lo dije? La humedad. Ya nos hemos constipado todos.
- LISARDO. (Es particular.) (Pónese á reflexionar.)
- M. PEDRO. Dos reales por la caja.
- PREG. 1.º Dos reales, á la una... dos reales, á las dos... dos reales, á las tres.
- RAPIÑA. Se adjudica la caja á Maese Pedro Rodriguez. Señores, ha concluido el acto. Se da por terminado el remate. (Dispónense todos á partir.)
- LISARDO. (Ese estornudo... casualidad no puede ser. Qué sospecha! «Compra un objeto cualquiera en el castillo» me dijo aquel personaje misterioso... No hay duda... deben ser talismanes... Serán talismanes? (Aparece en el muro sobre la puerta del foro la palabra. *Si* escrita.) Ah! Qué felicidad! Soy venturoso!) Tened la bondad de esperar un momento. (Detiénense todos.)
- FUENTESEC. Qué quereis?
- LISARDO. Yo he comido desde pequeño el pan de Maese Pedro. En prueba de mi gratitud concebí el proyecto de hacer un regalo á mi protectora Florinda el día de su boda: para ello he consumido las economías de toda mi vida. El regalo es este... (La rama de oro) Me permitís que se lo ofrezca?
- M. PEDRO. Ese muchacho está loco!
- FUENTESEC. (Con afectacion y altanería.) La futura señora de Fuenteseca no puede aceptar regalos de un pordiosero.
- M. PEDRO. Bien dicho.
- TODOS. (Apoyando con calor.) Muy bien.
- LISARDO. Canalla miserable y servil! Quiénes sois vosotros para apoyar el insulto dirigido á un compañero?
- JUAN. Y tú quién eres para levantar la voz?

LISARDO. Callad y descubrios para atreveros siquiera á mirarme. (Vuelan los sombreros de todos los hombres.)

TODOS. (Con espanto.) Qué!

FUENTESEC. Pues quién sois?

LISARDO. Un noble como vos.

FUENTESEC. Esa es una impostura infame.

LISARDO. Impostura? Vedlo por vuestros propios ojos. (Desaparece el traje de pastor y queda gallardamente vestido á la chamberga. Un genio le entrega á Lisardo sombrero y espada. Crece el temor y vánse todos confusa y precipitadamente.)

TODOS. Ay!

FUENTESEC. Jesus!

M. PEDRO. Huyamos.

TODOS. Huyamos. (Vánse todos. Un momento ántes Lisardo entrega á Florinda la rama de oro y esta á Lisardo un ramo de flores.)

ESCENA XIV.

LISARDO.—En seguida JAZMIN.

LISARDO. Gracias, Dios mio, gracias! Todavía puedo ser feliz porque no es un sueño. Este traje no es ilusion de mi vista, es una agradable realidad. (Con efusion.) Tengo un talisman.

JAZMIN. Un talisman poderoso.

LISARDO. Quién va? quién sois?

JAZMIN. Vuestro genio protector. Oid. Todos los objetos vendidos en la almoneda son talismanes, pero entre ellos no hay más que dos poderosos: el vuestro y la pata de cabra adjudicada al señor de Fuenteseca. Si explotáis el vuestro con talento, podreis contrarrestar el poder del otro. Dentro de tres dias perderá vuestro talisman su influencia mágica. Si ántes que espire ese término no habeis conseguido la felicidad, que para vos es la mano de Florinda, vivireis eternamente desgraciado. Adios.

LISARDO. Esperad un momento.

JAZMIN. Es imposible: Dios os guarde. (Váse.)
LISARDO. Tres dias nada más! No hay que perder un instante: vamos á arrancar á Florinda del pie de los altares si es preciso.

MUTACION.

La misma decoracion de la escena anterior.

ESCENA XV.

BLASILLO en el establo — MARIBLANCA sale por la izquierda trayendo la cola.

MARIBLANC. Qué contento va á ponerse Blasillo con mi regalo! Esta cola debe halagar su vanidad. Ya no se reirán más de él esos imbéciles. Hola, Blasillo; estás ahí, hijo mio! Mira, te traigo un regalo. Una cola. Qué mirada tan llena de agradecimiento! Te alegras! eh! (El borrico mueve las orejas.) ¡Anda, pues voy á ponértela. (Préndela la cola con alfileres.) Cuando digo que no hay en el mundo un borrico más inteligente... Qué lástima! daría lo que más quisiera... por trasformarlo en hombre. (Trasfórmase en hombre el pollino. Blasillo queda vestido con una botarga gris. Conserva orejas de jumento. Debe decir los dos tercios primeros de la escena siguiente con gravedad cómica ó con la gravedad del asno, como se dice vulgarmente. Alguna que otra vez debe esforzar y prolongar las aspiraciones á guisa de ligero rebuzno. Antes de hablar mira con asombro á todas partes.) Ay, Dios mio! Qué es esto? Hé aquí mi deseo realizado. (Espantada.) Yo estoy temblando de miedo!

BLASILLO. Presagio feliz, me rio!
Hombre soy: no hay duda alguna!
Boca, nariz... Qué fortuna!

MARIBLANC. (Esto más! habla, Dios mio.) (Con temor.)

BLASILLO. Qué decía! Estoy pensando

que es fortuna á lo que entiendo
esto de entrar yo riendo
donde entran todos llorando.
Desprecios ayer, y tranca...
hoy razon... ¡Diverso prisma!

(Repara en Mariblanca.)

Sois Mariblanca?

MARIBLANC. (Temblando.) La misma.

BLASILLO. Muchas gracias, Mariblanca.

MARIBLANC. Las gracias á mí?

BLASILLO. Sí tal.

MARIBLANC. Á aceptarlas no me atrevo.

BLASILLO. Á vuestro cariño debo
la existencia racional,
la dignidad, el descanso,
y esta hermosura que veis...

(Da algunos pasos hácia ella.)

Por qué temblais? No saheis
que soy bonachon y manso?

MARIBLANC. Al cariño?

BLASILLO. Sí señor.

MARIBLANC. Vaya un empeño gracioso!

BLASILLO. Este cambio prodigioso
es debido á vuestro amor.

MARIBLANC. No digais más desatinos,
vamos...

BLASILLO. Qué es desatinar?

No suele amor trasformar
á los hombres en pollinos?

MARIBLANC. Es verdad. (Con sencillez.)

BLASILLO. Pues qué hay que asombre,
en que de hacerlo cansado
haya esta vez trasformado
por gusto, á un pollino en hombre?

MARIBLANC. Pero sois hombre?

BLASILLO. (Mueha gravedad para decir estas palabras.) Cabal!
Y estoy, ó se me figura

tal cual así de hermosura,
y de talento tal cual;
ved si no: pestañas, cejas....
dos manos, frente espaciosa,
boquita chica y graciosa
y orejas... (Se las tienta.)

MARIBLANC.

Pero qué orejas!

BLASILLO.

Grandes són por vida mia!

(Asombrado del tamaño.)

MARIBLANC.

No de hombre.

BLASILLO.

Pues hombre soy.

MARIBLANC.

Entónces...

BLASILLO.

Es que no estoy
desasnado todavía.

Ya tomaré mis lecciones. (Da otro paso hacia ella.)

Pero por qué os alejais?

Sin duda no recordais

las galantes atenciones

que tuve siempre con vos,

cuando sin otra compañía

íbamos á esa montaña

en paz y en gracia de Dios?

Teneis de mí muchas quejas?

MARIBLANC.

Que si tengo quejas dice?

BLASILLO.

Una vez no más os hice

apear por las orejas.

Os acordais?

MARIBLANC.

Si señor.

BLASILLO.

Bien, y por qué os enojásteis?

Porque un requiebro aceptásteis
del hijo de mi herrador.

MARIBLANC.

Pues júzgolo un desatino.

BLASILLO.

De celillos fué un exceso.

MARIBLANC.

De celillos? Segun eso,

me amábais?

BLASILLO.

(Mocha gravedad.) Como un pollino.

Y fiel, entre los constantes

en amor... si este no miente, (El corazon.)
continúo francamente
tan pollino como ántes.

MARIBLANC.

De veras?

BLASILLO.

Como os lo digo.

Que haria se me figura
por vos cualquiera locura.

MARIBLANC.

Os casariais conmigo?

BLASILLO.

De ningun modo.

MARIBLANC.

Qué escucho?

Por qué?

BLASILLO.

Si de aquí no hay nada, (Accion de dinero.)
es esa una borricada

que debe pensarse mucho.

MARIBLANC.

Es verdad! Mas trabajando
con gusto, y con aficion...
busquemos ocupacion.

BLASILLO.

En eso estaba pensando.

MARIBLANC.

Qué es lo que pensais hacer?

BLASILLO.

Ser soldado, ir á la guerra.

(Mariblanca manifiesta disgusto.)

Qué tierra es esta?

MARIBLANC.

Qué tierra?

tierra de España.

BLASILLO.

Oh placer!

Por la Virgen que me agrada.
Podeis por mi esposa daros.

MARIBLANC.

Á qué pensais dedicaros?

BLASILLO.

Pienso dedicarme... á nada.

MARIBLANC.

Pues cómo ganar el pan?

BLASILLO. (Sentencioso.)

En España sin matarse
puede con fruto abrazarse
la profesion de holgazan.
Con un adarme de audacia
que el rubor natural venza,
dos onzas de desvergüenza,

tres onzas de pertinacia,
una libra de frescura,
dos libras de hipocresía,
dos más de palabrería
y tres de desenvoltura;
una arroba de adhesión
fingida, hácia aquel que mande,
otra de echarla de grande
y un quintal de adulación:
disponer una empanada
sin reparar en el modo,
hablar un poco de todo
sin saber mucho de nada,
y prepararse á seguir
el viento que ha de soplar;
hay mesa donde tragar
y cama donde dormir. (Sentencioso.)

MARIBLANC. Para el tonto que lo crea!

No me acomoda esa traza.

BLASILLO. Si no, pediré una plaza
de maestro de una aldea.

MARIBLANC. No da mucho... pero pase:
mas un...

(Imitando con las manos las orejas de un pollino.)

BLASILLO. Qué

Jesús María!

MARIBLANC. No seré por vida mía
el único de la clase.

Ya vereis si encuentro franca
la puerta de un pueblecillo.

MARIBLANC. Sentencioso está el Blasillo.

BLASILLO. Y hermosa la Mariblanca.

(Aspiración fuerte.)

MARIBLANC. Poned la mano en el pecho.
No fuera mucho mejor
que os hicierais labrador?
Bajo ese rústico techo,

- lo halla, quien trabaja, todo:
y honrado, no envilecido...
- BLASILLO. Vuestra voz me ha enternecido,
Id á buscarme acomodo
ya que con él me brindais.
- MARIBLANC. (Muy alegre.)
De veras trabajareis?
- BLASILLO. Como un asno.
- MARIBLANC. No sabeis
la alegría que me dais.
- BLASILLO. Comience una nueva vida,
Vereis cómo yo os coloco.
- MARIBLANC. Corred.
- MARIBLANC. Esperad un poco:
voy á volver en seguida.
- BLASILLO. Mas decidme, es ganga esa?
- MARIBLANC. Aceptadla sin reparos;
nunca en ella han de faltaros
limpia cama y blanca mesa.
- BLASILLO. La habita alguna princesa?
- MARIBLANC. Parécelo por lo franca.
- BLASILLO. Hay vino?
- MARIBLANC. Mucho.
- BLASILLO. No hay tranca?
- MARIBLANC. Qué ha de haber! Ya vereis vos...
- BLASILLO. Pues acepto.
- MARIBLANC. Guárdeos Dios. (Vase corriendo.)
- BLASILLO. Dios os guarde, Mariblanca.

ESCENA XVI.

BLASILLO, á poco LISARDO.

- BLASILLO. Es gallarda la borri... Iba á decir la borrica esa! Resabios de mi estado primitivo. Pobre Mariblanca! Creo que he nacido ambicioso! Sentiría abrigar en el corazon malas pasiones. Es tan poca cosa una al-

deana! Qué admirable es la naturaleza! Voy á dedicarme desde hoy á escribir en un cuaderno mis sensaciones. Será un libro curioso; lo titularé «Memorias de un ex-pollino.»

LISARDO. Ya debe haber llegado la comitiva. Lo importante por el pronto es apoderarse de Florinda y huir con ella, si es preciso, á los países más remotos.

BLASILLO. (Muy admirado.) Qué gentil persona!

LISARDO. Quién sois?

BLASILLO. No os lo puedo decir á punto fijo.

LISARDO. Cómo os llamais?

BLASILLO. Blasillo.

LISARDO. Vuestra edad?

BLASILLO. Diez minutos.

LISARDO. Os burlais?

BLASILLO. No sé mentir.

LISARDO. Qué sois?

BLASILLO. Nada.

LISARDO. Qué quereis ser?

BLASILLO. Algo.

LISARDO. Qué habeis sido?

BLASILLO. Un asno.

LISARDO. Por vuestras contestaciones diria cualquiera que lo sois todavía. Teneis miedo?

BLASILLO. No.

LISARDO. Estais dispuesto á seguirme?

BLASILLO. Sí.

LISARDO. Aunque tenga que atravesar el mundo entero?

BLASILLO. Aunque tengais que bajar á los infiernos.

LISARDO. Desde hoy eres mi escudero. Sígueme: pero ántes quiero darte una apariencia racional ménos dudosa.

BLASILLO. Sois poderoso?

LISARDO. Mira. (Desaparece la botarga de Blasillo: queda éste vestido á la chamberga.)

BLASILLO. Ajá! Esto es otra cosa. Gracias á Dios que eché el pelo completamente! Te quedaste sin novio, Mari-blanca.

- LISARDO. Van á empezar los peligros, ven.
BLASILLO. Un momento.
LISARDO. Vacilas?
BLASILLO. No es eso, sino que vuestro sombrero se ha olvidado de mandarme el chambergo.
LISARDO. Tira. (Presentándole el suyo, del cual tirando saca otro Blasillo.)
BLASILLO. Sois brujo por ventura?
LISARDO. Un poco.
BLASILLO. Y con qué he de defenderme si me acometen?
LISARDO. Con esta espada.
BLASILLO. Con cuál?
LISARDO. Tira. (Preséntale el ramo. Tira de una flor Blasillo y saca una espada.)

ESCENA XVII.

DICHOS, FLORINDA y MARIBLANCA.

- FUENTESEC. (Dentro.) Detenedla.
VOZ. (Dentro.) Sujeta esos caballos.
FLORINDA. Favor! socorro! (Con precipitacion) Amparadme por la Virgen, caballero. Ah! sois vos, Lisardo?
LISARDO. Florinda!
FLORINDA. Pretenden conducirme muy léjos de aquí para separarnos.
LISARDO. Nada temais: venid conmigo. Yo os pondré al abrigo de las persecuciones de mi rival. Síguenos, Blasillo. (Saben Lisardo y Florinda á la colina.)
MARIBLANC. Ya he conseguido vuestra colocacion. (Á Blasillo.) Calle! qué buen mozo!
BLASILLO. (Con importante desden.) Regular.
MARIBLANC. Cuando gustéis...
BLASILLO. Á la otra puerta. (Vuelve la espalda.)
MARIBLANC. Qué, os vais? á dónde?
BLASILLO. Ahí cerquita. Á la China.
MARIBLANC. Y vuestra palabra?

BLASILLO. Aquello no fué más que una burrada. (Con desprecio.)
Yo merezco una princesa, no una fregona.

MARIBLANC. Pero teneis valor de abandonarme?

BLASILLO. Ya volveré dentro de treinta ó cuarenta años.

MARIBLANC. Bribon!

BLASILLO. Quisiera, no obstante, hermosa Mariblanca, llevarme
un recuerdo vuestro.

MARIBLANC. Un recuerdo?

BLASILLO. Sí, pichona mia.

MARIBLANC. Tomad. (Le da un enorme bofetón.)

BLASILLO. Ay! pues no se me borrará tan fácilmente.

ESCENA XVIII.

DICHOS, MAESE PEDRO, FUENTESECA.

M. PEDRO. Dónde está ese rebelde?

FUENTESEC. Qué infamia! Vedla ahí.

M. PEDRO. Con Lisardo? Voy á matarle.

LISARDO. Llegaos si os atreveis.

BLASILLO. Llegaos, sí.

FUENTESEC. Á ellos.

LISARDO. Es inútil, insensatos, mirad! (Trasfórmase el teatro en
una marina fantástica en la que se ven sirenas, tritones, delfi-
nes, caballos marinos, etc. Cascadas, saltos de agua, arcadas de
estalactitas. En el centro quedan elevados en un templo de
lo miamo, Florinda y Lisardo. Blasillo montado sobre una tor-
tuga. Fuentesecca y Maese Pedro se convierten en estatuas y se
elevan sobre pedestales.)

FUENTESEC. { (Transformándose.) Ay!

M. PEDRO.

BLASILLO. Hombre, qué bonito! Já! já! Pobre Mariblanca! Te
has quedado con un palmo de narices. (Con burla.)

Á ver situamor alcanza

á pescarme cualquier día.

MARIBLANC.

Yo os juro, por vida mia. (Con indignación.)
que sabré tomar venganza.

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Selva corta.—Á la izquierda, en primer término, un gran peñón;
otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA, LISARDO y BLASILLO.

LISARDO. Hé aquí un sombrío collado donde poder tomar aliento.

FLORINDA. Bien necesito un descanso reparador. Tengo la cabeza trastornada. Es tan extraordinario cuanto nos sucede!

BLASILLO. Que si es extraño? Yo lo creo; como que ocurre por arte de mágica.

FLORINDA. Conque sois brujo segun eso?

LISARDO. Brujo precisamente, no; pero...

BLASILLO. Pero le falta poco.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Poseo un talisman, cuya influencia mágica durará sólo tres dias, en cuyo término podré conseguir tu mano, segun me ha indicado mi génio protector

:

pero para ello es preciso contrarestar el poder del amuleto que posee mi rival.

FLORINDA. Posee alguno?

LISARDO. Más poderoso que el mío. La pata de cabra: lo adquirió como yo en la almoneda de Fausto el Encantador. Eran talismanes todos los objetos que se vendieron en ella.

BLASILLO. Allí se compró también mi cola.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

FLORINDA. Y la ramita de oro que lloro perdida!

LISARDO. Dudoso yo de cómo había de emplear mi talisman para conseguir mi principal deseo, que es nuestro enlace, invoqué á mi génio en el camino que conduce á tu quinta desde el castillo. Aparecióseme efectivamente, y me dijo:—La pata de cabra pierde su influjo durante una hora cada día —Es siempre la misma?—No: solamente en uno de esos períodos podrás conseguir la mano de Florinda. Tres días durará el poder de tus píldoras, tres horas favorables tendrás en ellos: utilízalas,—me dijo, y desapareció.

FLORINDA. Cosa más particular!

LISARDO. De manera que héme aquí con las mismas dudas de ántes. Cómo adivinar la hora en que ese talisman pierde su influencia? Y de no adivinarla, cómo casarme contigo?

FLORINDA. Díos nos protegerá. Sabes, Lisardo, que el paseo me ha abierto el apetito?

LISARDO. Almorzarías?

FLORINDA. De buena gana, pero quiero un almuerzo frugal.

BLASILLO. (Frugal? no he probado nunca ese plato.)

LISARDO. Dónde quieres la mesa?

FLORINDA. En cualquier parte.

LISARDO. Héla allí. (Ábrese el peñon de la izquierda. Aparece dentro de él una mesita rústica cubierta de manjares.)

BLASILLO. Gracias: sois muy galante. (Dirigese hácia la mesa.)

- LISARDO. Aparta, necio. (Dáale un puntapié.)
- BLASILLO. Ah! yo creí que era la mia. Vamos, estará al otro lado. (Légase al peñon de la derecha.) Chis, eh, á ver, ábrete. Vamos, hombre, no juegues; ábrete... no, pues no se abre. Señor?
- LISARDO. Qué quieres?
- BLASILLO. Palabra. Ten la bondad de tragarte una pildorita.
- LISARDO. Para qué?
- BLASILLO. Para que me den pienso... digo, para que me sirvan algo. Malditos resabios!
- LISARDO. Quitá allá: te has propuesto aburrirme? (Al ver que el peñon donde entró Florinda se cierra recobrando su forma primitiva.) Cielos!
- BLASILLO. Piff... se afufó. (Retrocede hasta tocar con la espalda el peñon de la derecha.)
- LISARDO. Florinda, Florinda mia!

ESCENA II.

DICHOS y MARIBLANCA, á quien da paso el peñon de la derecha. Viene vestida de gitana: trae en la mano una varita mágica.

- MARIBLANC. Paso: toma. (Le da un bofetón.)
- BLASILLO. Ay! y van dos.
- MARIBLANC. Es inútil que llares á Florinda.
- LISARDO. Quién va? quién eres?
- BLASILLO. (Tentándose el carrillo.) Por la mano parece Mariblanca.
- MARIBLANC. La misma soy.
- BLASILLO. Qué?
- LISARDO. Tú en ese traje?
- MARIBLANC. De qué te admiras? No llevas tú ese?
- LISARDO. Es verdad. Y Florinda?
- MARIBLANC. Ya habrá llegado á casa de Fuenteseca.
- BLASILLO. Pues ni que fuera un galgo. (Ay cómo me mira! Me escaparé sin otro?)
- LISARDO. Quién me la há robado?
- MARIBLANC. Tu génio enemigo.

LISARDO. Y no podré hablarla?

MARIBLANC. Verla y hablarla, sí: apoderarte de ella, creo que será imposible.

LISARDO. Y si quisiera verla en este momento?

MARIBLANC. Podrias conseguirlo. Dirigete al palacio de Fuenteseca, pero no confies en arrancarla de él.

LISARDO. Véala yo cerca de mí, que no han de faltarme medios de conseguirlo. Sígueme, Blasillo. (Váse.)

MARIBLANC. Vete solo. Blasillo se queda conmigo.

BLASILLO. (No lo dije? sopapina tenemos.)

MARIBLANC. Probablemente llegará ántes que tú.

BLASILLO. (Esto es que me va á mandar por los aires de un moquete. Qué cobardía? Por qué ha de temer á una fregona un caballero que ciñe espada? Fuera miedo, y salga el sol por Antequera. Á ver si la asusto con mi gallardía.)

ESCENA III.

BLASILLO y MARIBLANC.—Momentos de pausa. Toman ambos una actitud altanera. Blasillo ladéase el sombrero y coloca la mano en el pomo de la espada.

MARIBLANC. (Con descaro.) Qué mira el lacayo?

BLASILLO. Y qué la gitana?

MARIBLANC. Conteste él primero.

BLASILLO. Primero la maga.

MARIBLANC. Conteste.

BLASILLO. (Con aire de exagerada importancia.)

Es más propio

de gentes hidalgas

que llevan pendiente

del cinto la espada,

usar de la lengua

después de las damas.

MARIBLANC. Es fino el lacayo. (Con ironía.)

BLASILLO. También la gitana. (Secamente.)

MARIBLANC.

Comienzo.

BLASILLO.

Ya escucho.

Sed clara.

MARIBLANC.

Muy clara.

BLASILLO.

Sed breve.

MARIBLANC.

Muy breve...

relámpago y agua.

Vivia no há mucho

en quinta cercana

del sitio en que estamos,

y en mísera estancia...

un... un... no me atrevo... (Con finura.)

BLASILLO.

Un asno, sed clara!

MARIBLANC.

Sentía ofenderos.

BLASILLO.

Á mí? por qué causa?

ni niego mi origen

ni escondo mi cara.

MARIBLANC.

Callad el lacayo. (Con altanería.)

BLASILLO.

Seguid la gitana.

MARIBLANC.

Tenia el que digo...

BLASILLO.

Dos pares de patas,

color ceniciento,

blanquizca la panza,

y en fin dos orejas

tamaño de largas.

Es fiel el retrato:

ya estais despachada.

MARIBLANC.

Aún falta la cola.

BLASILLO.

La cola no falta.

Si habeis de ser justa,

decid que faltaba:

faltó no lo niego;

y en qué no habrá faltas?

faltóme repito,

y al ver qué faltaba,

faltóos el tiempo

y á todo faltábais

por no verme falta
de cola rizada.
Si pudo faltarme
no me hace ya falta,
y fálteme el cielo
si falto yo á nada.
Pues no faltaria
sino que faltara!

MARIBLANC. No os falta la lengua,
ni os faltan palabras.

BLASILLO. Ni á vos travesura,
descaro, ni gracia...

MARIBLANC. Prosiga... el lacayo? (Con coqueteria.)

BLASILLO. Seguid... la gitana. (Enfáticamente.)

MARIBLANC. Dejemos la historia
por triste y por larga.
Al verme allí sola
por vos despreciada,
á génius maléficos
doctores en magia,
su gracia pediles...

BLASILLO. Pues vaya una gracial

MARIBLANC. Los génius me oyeron...
é hiciéronme maga.

BLASILLO. Y cuál es tu intento!

MARIBLANC. Mi intento? Venganza!

BLASILLO. No temo tus iras. (Con desden.)

MARIBLANC. Pues de ellas te guarda,
que todo la intenta
mujer despechada.
Desde hoy, no lo olvides,
do quiera que vayas

(Esta tirada de versos debe decirse con un claro oscuro que sólo el talento de la actriz puede adivinar.)

seguirte verásme
cual siguen al agua
las ágiles peces,

la flor á las plantas,
la abeja á las flores,
y al campo sus galas.
Casarte... es delirio!
Amar... es bobada!
No verme... imposible!
Vencer... cosa vana!
Y así, es lo más cuerdo
rendirme las armas,
y más que por fuerza
rendirlas por gracia.
Que bien te merezco,
lo dicen mis ansias;
que puedo vencerte,
lo dice esta vara:
ya ves que es locura
querer la batalla.
Discorre, contempla,
medita, repara,
lo observa, lo mira,
lo piensa, lo allana,
y elige la senda
que juzgues más ancha;
ó ser mi marido,
ó muerte cercana.
Ya ves, el lacayo,
que peco de clara. (Con insolencia.)
Qué importan tus iras,
ni qué tu venganza?
Desde hoy, no lo olvides,
del punto á que vayas,
huir has de verme
cual huyen las aguas
del pródigo origen
do límpidas manan,
cual huye el cervato
del perro de caza,

BLASILLO.

y aquel que algo debe,
si no tiene blanca,
de aquel que le sigue
pidiendo la paga.
Pescarme... es delirio!
Quererm... es bobada!
Seguirme... imposible!
Vencer... cosa llana!
Y así es poco cuerdo
rendirte las armas.
Que no me mereces,
lo dice esta gracia;
que puedo rendirte,
lo dice esta espada;
ya ves que es cordura
querer la batalla.
Discurre, contempla,
medita, repara,
lo observa, lo mira,
lo piensa, lo masca,
y dime en conciencia
si vale esa cara
mi esbelta y mi noble
persona gallarda.
En fin, te desprecio (Más viveza.)
por tonta, por sándida,
por necia, por fea,
por bruja, por maga,
y elijo la muerte;
ya ves, la gitana,
que pico de claro
si pecas de clara. (Recobra su actitud altanera.)
Pues guerra.
(Muy ligado y con fuerza progresiva hasta el final.)
Pues guerra.
Sangrienta...
Inhumana.

MARIBLANC.

BLASILLO.

MARIBLANC.

BLASILLO.

MARIBLANC. Sin tregua...
BLASILLO. Sin tregua.
MARIBLANC. Quien caiga...
BLASILLO. Que caiga.
MARIBLANC. Comiencen los hechos.
BLASILLO. Acaben palabras.
MARIBLANC. Con Dios, el lacayo! (Váse por la derecha.)
BLASILLO. Con él, la gitana!
(Ni el Cid en bravura
me lleva ventaja.) (Váse por la izquierda.)

MUTACION.

Parque del palacio de Fuenteseca. —En el centro de una calle de árboles y estatuas hay un magnífico pedestal: sobre él una estatua ecuestre. Á derecha é izquierda, en primer término, dos hermosos sáuces corpóreos ó de la clase más conveniente al maquinista para la transformacion que han de sufrir. Junto á cada uno de ellos un rosal. En segundo término de la derecha é izquierda, dos pajareras chinescas. Véase en el telen del foro el palacio de Fuenteseca. Á esta decoracion debe dársele un aspecto risueño y agradable.

ESCENA IV.

FUENTESECA, MAESE PEDRO y CATALINA.

FUENTESEC. Que venga ahora ese miserable pastorzuelo á contrarestar mi pader!

M. PEDRO. Conque la pata de cabra es un talisman poderoso?

FUENTESEC. Poderosísimo. Con su ayuda podré conseguir todo cuanto me viniere en gana.

M. PEDRO. Quién lo hubiera sabido! No, no os lo hubierais llevado tan barato en la subasta.

FUENTESEC. Pero teniéndolo yo, figuraos que es vuestro.

M. PEDRO. Es verdad, todo se queda en casa. Y yo que arrojé mi caja de polvo lleno de miedo.

CATALINA. Y habeis experimentado ya su poder?

FUENTESEC. Mucho que sí. Acabo de convertir en gato á mi cocinero, en castigo de haberme servido una tortilla excesivamente salada.

M. PEDRO. Mejor os estuviera pensar en Florinda, y en los medios de destruir por completo el poder de Lisardo.

FUENTESEC. En cuanto á ese particular estoy tranquilo. Mari-blanca, que como sabeis, al verse despreciada de Blasillo se ha vuelto bruja, merced á la cola que compró en la almoneda de Fausto, me ha prometido velar por mí. En las horas en que mi pata de cabra esté cesante, excitará las pasiones del corazon de Lisardo, por medio de su mágica fascinacion; y como el talisman de Lisardo, dejará de serlo dentro de tres dias, pasado este tiempo, podré yo casarme impunemente con Florinda, si ántes no he tenido ocasion de conseguirlo. Lisardo es jóven, y no podrá resistir á los encantos de la hechicería.

M. PEDRO. Ah!

FUENTESEC. Con que ya veis si puedo estar tranquilo. Pero no perdamos el tiempo en inútiles razonamientos. Lisardo es más que probable que venga por estos alrededores con objeto de descubrir el paradero de Florinda. Aunque lo descubra, no creo posible un rapto. No obstante, por lo que pueda ocurrir, he puesto mi casa en pie de guerra, y si seguis mis instrucciones, nada tenemos que temer.

CATALINA. Descuidad.

M. PEDRO. Podeis dormir á pierna suelta.

FUENTESEC. Ea, partid. (Vase Catalina.)

M. PEDRO. Una palabra. Podeis prestarme vuestro talisman por espacio de cinco minutos?

FUENTESEC. Con qué objeto?

M. PEDRO. Con el de entusiasmar al ejército al tiempo de dirigirle la palabra.

FUENTESEC. No hay inconveniente, tomad. (Le entrega la pata de cabra.)

M. PEDRO. Ni Ciceron se igualará conmigo. Querido yerno, quedad con Dios. (Váse por la derecha.)

FUENTESEC. Id con él, querido suegro. (Con audaces como Lisardo, nunca hay bastantes precauciones.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

BLASILLO, por escotillon.

BLASILLO. Gracias, amigo mio, muchas gracias. Adios y no apagueis vuestra linterna, si no estais de humor de aplastaros las narices contra cualquiera de esas rocas... Pues señor, es una delicia esto de la magia! Merced á una píldora que sustraje de la caja de mi amo, deseo venir al jardin de Fuenteseca, y hème en el jardin: por cierto que he traído un acompañante de gusto. Cara más fea! Es hermoso este jardin. Quién viene? Ah! es Fuenteseca. Manos á la obra... y á ver si descubrimos la verdad. (Pascándose con aire importante.)

ESCENA VI.

BLASILLO y FUENTESECA.

FUENTESEC. (Todo está tranquilo; no hay el menor síntoma de insurreccion.) Qué! (Reparando en Blasillo.) Un extraño aquí!

BLASILLO. (Ya me ha visto.) (Vuélvese de espaldas.)

FUENTESEC. (Se vuelve de espaldas? Es cortés por vida mia!) Servidor, hidalgo.

BLASILLO. (Con desden.) Hu?

FUENTESEC. Qué? (Hay cosa como esta?) Eh, señor mio, señor mio?

BLASILLO. (Con desden.) No me molestes, muchacho, no me molestes; déjame en paz.

FUENTESEC. Cómo que os deje en paz! Me quereis decir con qué derecho estais en este sitio?

BLASILLO. Y quereis vos decirme con qué derecho me dirigís esa pregunta?

FUENTESEC. Con el de la propiedad. Sabed que soy el dueño de esta finca.

BLASILLO. El dueño de... Perdonad, pero os habia tomado por un... como teneis esa facha de cochero...

FUENTESEC. (Pues no hay duda que se va enmendando.)

BLASILLO. Quién habia de suponer!... En fin, os pido mil perdones. (Con adulación.) Teneis un parque magnífico.

FUENTESEC. (Disgustado.) Sí, eh?

BLASILLO. Veo que seguis incomodado... Vuelvo á rogaros que me perdoneis... no extrañeis que os desconozca, como soy forastero...

FUENTESEC. Ah! sois forastero!... (tronia) natural de la Alcarria?

BLASILLO. De Extremadura.

FUENTESEC. Ya: vamos, un choricero. Venis á vender embutidos?

BLASILLO. Vengo á comprar ganados; pero este objeto es secundario. (Confidencialmente.) El principal es otro.

FUENTESEC. Cuál?

BLASILLO. Asistir á una boda, que si ha producido en todas las provincias el mismo efecto que en Extremadura, debe estar siendo actualmente la irrisión de toda España!

FUENTESEC. (Escamado.) Y dónde debe verificarse esa boda?

BLASILLO. Aquí en las cercanías de Madrid.

FUENTESEC. Y entre quiénes?

BLASILLO. Entre una niña de quince abriles y un viejo setenton. Ella bonita, él feo; ella discreta, él tonto, pero... (En confianza.) tonto de capirote.

FUENTESEC. (Crece la escama de Fuente seca.) Y sabeis sus nombres?

BLASILLO. La niña se llama Florinda.

FUENTESEC. Y él?

BLASILLO. El señor de Fuente seca.

FUENTESEC. (Estallando.) Rayos del cielo!

BLASILLO. Qué os ha dado?

FUENTESEC. Choricero, vas á fenecer!

BLASILLO. Yo?

FUENTESEC. Vas á fenecer, choricero! Una espada!

BLASILLO. Pero por qué?

FUENTESEC. Muérete; soy Fuenteseca!

BLASILLO. Vos! Soy un imbécil.

FUENTESEC. Empiezas á temerme; no es verdad? Una espada!

BLASILLO. Digo que soy un imbécil porque no os he reconocido en vista de la exactitud de los informes.

FUENTESEC. Esto más! Vais á batiros conmigo. Voy á traer mis armas.

BLASILLO. Si no quereis incomodaros, tomadlas de allí. (Señala un rosal.)

FUENTESEC. De dónde?

BLASILLO. De aquella panoplia. (Conviértense en panoplias los rosales.)

FUENTESEC. (Con temor.) Demonio, es brujo como yo!

• BLASILLO. Qué es eso? tienes miedo? (Toma Fuenteseca la espada, que despues de desnuda conviértese en plumero.)

FUENTESEC. Miedo un Fuenteseca? Ponéos en guardia.

BLASILLO. (Con burla.) Calla; un plumero! Limpiadme los zapatos, caballero. (Fuenteseca deja la espada y toma la daga, que se convierte en abanico.)

FUENTESEC. No la quiero; con la daga me sobra. Otra?

BLASILLO. Refrescaos, amigo mio, refrescaos.

FUENTESEC. Sabed que no me asustan las brujerías. Yo tambien soy hechicero!

BLASILLO. No de cara por cierto.

FUENTESEC. Y podeis agradecer la vida á que no tengo encima mi talisman en este momento!

BLASILLO. (Qué buena ocasion! (Tomando una espada de la panoplia de la derecha.) Ea, podeis tirar.

FUENTESEC. Asesino! (Porque Blasillo le acomete.)

BLASILLO. (Tirándole estocadas.) Os voy á dividir el corazon.

FUENTESEC. Favor!... socorro!... Maese Pedro, traed mi talisman.

BLASILLO. Muere, perro!

FUENTESEC. Ay! (Blasillo atraviesa de una estocada el pecho de Fuenteseca dejándole clavado sobre el árbol de la izquierda. Toma acto continuo otra espada de la panoplia.)

ESCENA VII.

DICHOS y MAESE PEDRO.

M. PEDRO. Qué os ocurre, querido yerno? Jesús, qué horror!

BLASILLO. Ahora me pagarás los palos que me has dado en esta vida, bergante! (Acomete espada en mano á Maese Pedro.)

M. PEDRO. Ay!... que me matan, que me matan! á mí los arcabuceros!

BLASILLO. No han de valerte los gritos. Toma. (Tírale una estocada y deja clavado á Maese Pedro en el árbol corpóreo de la derecha. El público debe ver las empuñaduras de las espadas que atraviesan á Maese Pedro y Fuenteseca. Toma Blasillo de la panoplia una tercera espada que envaina despues de tomarla.)

M. PEDRO. Huy!

BLASILLO. Soy un héroe! Vengan hombres, que voy á despacharlos uno á uno como si fueran hormigas. (Resolviendo fuerte.) Brrr!...

FUENTESEC. Tened compasion de nosotros por las once mil vírgenes.

M. PEDRO. Por los clavos de Jesús os lo pedimos.

BLASILLO. Muy bien, señores míos, muy bien. Já! já! (Á Fuenteseca.) Lorito, eres casado? (Á Maese Pedro.) Saca la pata. Aquí soy yo el poderoso. Tú, Fuenteseca, aprende en ese tormento á no despreciar á los villanos, y tú, Maese Pedro, á apalear ménos á los cuadrúpedos.

M. PEDRO. Pero qué tienen que ver los cuadrúpedos con lo que nos está pasando.

BLASILLO. Sabed y espantaos, que soy Blasillo.

FUENTESEC. Debíamos haberlo conocido, señor mio, porque lo que estais haciendo con nosotros es una insignieborricaad.

- M. PEDRO. Advertid, querido yerno, que no es esta buena ocasión de insultos.
- FUENTESEC. Qué habeis hecho de mi talisman!
- M. PEDRO. Se lo entregué á Catalina para que *desengatara* al cocinero, cuyas funciones hacian mucha falta.
- FUENTESEC. Qué poca prevision! Llamadla!
- BLASILLO. Llamadla si os atreveis. Antes de pronunciar la segunda sílaba de su nombre, habrán cortado esas espadas el hilo de vuestra existencia.
- FUENTESEC. Pero si hemos de morir de todos modos, vamos á morir defendiéndonos. (Gritando.) Á mí los criados!
- M. PEDRO. Catalina!
- BLASILLO. Yo os haré enmudecer.
- FUENTESEC. Agua.
- M. PEDRO. Agua.
- BLASILLO. Eso es otra cosa. Voy á cumplir vuestro deseo.
- M. PEDRO. Favor!
- FUENTESEC. Socorro!
- BLASILLO. Reunios, amantes desgraciados, y enmudeced vosotros. (Ábrese el pedestal del centro convirtiéndose en un magnífico cuadro de flores, dentro del cual se hallan Lisardo y Florinda. La estatua ecuestre queda convertida en templete. Aparece en él Jazmin. Los árboles sobre los cuales están clavados Fuenteseca y Maese Pedro, se trasforman en hermosas fuentes con vistosos juegos de agua. Maese Pedro y Fuenteseca echan un grueso caño de agua por la boca. Aparecen junto á las pajareras dos grupos de criados armados.)
- CRÍADOS. Á ellos.
- BLASILLO. Fuera de aquí! (Conviértense las pajareras en dos bocas de caverna, de las cuales salen fieras y pajarracos de gran tamaño que persiguen á los criados.)
- JAZMIN. Cesa por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.
- MARIBLANC. (Que sale de un pedestal que le abre paso cubierta con una túnica de hechicero.) Sí, pero comienza el mío.
- BLASILLO. Está fresquita, señores! No haya miedo que se se

pare ninguna espina en la garganta. ¡Já! ¡já! Buen provecho... Já! já!

MUTACION.

Selva corta.—Á la izquierda, la fachada de una ventana con puerta practicable, sobre la cual á su tiempo ha de aparecer este letrero: *Venta del Brujo*.

ESCENA VIII.

FLORINDA, LISARDO y BLASILLO. Despues MARIBLANCA vestida de ventera.

BLASILLO. Y os hubiera reunido aun cuando hubiera tenido que luchar con una falange de brujos.

FLORINDA. No puedo recordar sin sonreirme la cara que ponía Fuenteseca para arrojar el agua.

BLASILLO. Pues no tenía nada de seca la fuente en que yo le convertí. Digo, si en vez de arrojar el agua hubiera tenido que tragársela, ya habría reventado á estas horas.

LISARDO. ¿Qué venta es esa? (Aparece el letrero.)

BLASILLO. (Leyendo.) La venta del Brujo.

LISARDO. Entremos en ella, Florinda mia, y discurramos el medio de ponernos al abrigo de las persecuciones de tu padre y de mi odioso rival.

FLORINDA. Como gustes.

BLASILLO. (Llamando á la puerta de la venta.) Ah de la venta!

MARIBLANC. (Saliendo.) Quién va?

BLASILLO. Hay posada para tres personas que comen poco y pagan mucho?

MARIBLANC. (Ellös son.) Sí hay. Adelante, señores; no me retardeis el placer de ver honrada mi venta con unos huéspedes tan nobles como vosotros.

L. SARDG. Qué ventera tan fina!

BLASILLO. Á ver? (Tocándola una mano.) Fina es por vida mia, como una pieza de velludo.

MARIBLANC. Entrad con Dios, señores míos. (Á Blasillo despues de haber entrado Florinda y Lisardo.) Pasad.

BLASILLO. Despues de vos. Ay qué ojillos tan retrecheros! (Tocándola la mano segunda vez.)

MARIBLANC. Eh! qué habeis hecho?

BLASILLO. Nada: os estaba espantando un mosquito. (Caramba si es fina!)

MARIBLANC. Pase por esta. Seguidme.

BLASILLO. (Entrando en la venta.) Ay! ay! ay!

MUTACION.

Interior de la venta.

ESCENA IX.

ESTUDIANTES, REPRESENTANTES, ARRIEROS y ACOMPAÑAMIENTO.

Aparecen tocando y cantando. Mucha animacion, guitarras, flautas y panderetas.

(Canta el coro una copla.)

ESTUD. 1.º Pero qué trabajo os costará recitarnos una relacion de Argenis y Poliarco?

REP. 1.º Tengo la garganta en carne viva...

ESTUD. 2.º No importa... recitadla.

VARIOS. Sí, sí; que la recite.

REP. 1.º Pues que baile conmigo unas seguidillas la Argandña.

UNA MUJER. Conmigo? Baile vuesa merced con la Pelona, que ha sido su pareja toda la noche.

REP. 1.º Miren la celosilla.

MUJER. De quién?... (Con desprecio.) Bah!

VARIOS. Oh!

ESCENA X.

DICHOS, LISARDO, FLORINDA, BLASILLO y MARIBLANCA por la puerta de la derecha.

MARIBLANC. Adelante, señores.

LISARDO. Buenos días.

VARIOS. Felices los dé Dios. (Sigue la música, pero de modo que no sofoque el diálogo.)

FLORINDA. (Con disgusto.) Cuánta gente!

LISARDO. Ventera, hecednos el favor de darnos un cuarto.

MARIBLANC. La señora puede instalarse en ese desde luego. (Uno de la izquierda.)

LISARDO. Vamos. (Coge á Florinda de la mano y se dispone á marchar.)

MARIBLANC. Perdonad, señor galán; vos ocupareis el de enfrente con vuestro criado. No tengais pena por esta dama, que nada ha de faltarle. Yo destinaré inmediatamente una doncella á su servicio.

BLASILLO. Destinadme á mí otra, si os parece, porque vengo rendidísimo.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Hasta despues, Florinda mia.

MARIBLANC. Lorenza, acompaña y sirve á esta señora. (Caísteis en el Jazo.) (Al acompañamiento.) Vosotros, señores, tened la bondad de pasar al corral, donde no incomodareis á los huéspedes con vuestra música. (Vase Florinda acompañada de una moza.)

BLASILLO. (Con mal modo.) Eso, eso; al corral á divertir á las gallinas, que aquí no estamos para jaleo.

MARIBLANC. Estos señores estan muy cansados y...

BLASILLO. Y no queremos solfas, claro. Vaya con la gente-cilla!

VARIOS. (Dirigiéndose hostilmente hácia Blasillo.) Qué es eso de?...

LISARDO. Eh!... haya paz. Ventera, mandad traed unos jarros de lo tinto, para que beban á mi salud. Siempre estás dispuesto á armar peloterías!

- BLASILLO. Como soy tan bravo!
- LISARDO. Vosotros, señores, hacedme la merced de obsequiar con un par de coplas á mi futura esposa. (Á una orden de Mariblanca, dos criados sacan jarros con vino y vasos. Beben el coro y el acompañamiento.)
- VARIOS. Con mil amores.
- BLASILLO. Quieres que yo las cante?
- LISARDO. Si estos señores lo permiten...
- ESTUD. 1.^o Por qué no? Odios á un lado. Cantad hasta que os plazca, amigo mio. (Le da la mano á Blasillo.) Echémosle tierra á nuestra pendencia.
- BLASILLO. No, mejor será que le echemos vino.
- VARIOS. Bueno.
- OTROS. Ole! (Blasillo sirve vino á los del acompañamiento.)
- OTROS. Á beber!

MUSICA.—JOTA.

- BLASILLO. Dichoso el galán, Florinda,
que tu hermosa cara sigue,
porque sin mirar al norte
tiene estrella que le guie.
Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
sus luceros brillantes
pierden la luz.
Deja, por Dios, que luzcan
quietos allí,
no á los luceros mires,
mirame á mí.
CORO. Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
etc., etc., etc., etc.
- LISARDO. Ea, señores, muchas gracias.
- MARIBLANC. Vamos, apurad el último trago, y cese por completo vuestra música. Permitid que el sueño repare el cansancio de aquella señora.

- VARIOS. Felices días. (Los criados retiran los vasos y los jarros.)
- OTROS. Buen viaje. (Vánse los del acompañamiento, derecha.)
- BLASILLO. Id con Dios, buenas gentes, y si alguna vez necesitais que os acorra en algun peligro, ya sabeis los puntos que calza mi valor. Llamadme sin cortedad. Adios, adios.
- MARIBLANC. Y vuesa merced no desea unos bartolillos y una copa del rancio, mientras se dispone la yanta? (Pone sobre la mesa vino y bartolillos que ha traído un criado.)
- LISARDO. Sí deseo, deliciosa ventera.
- MARIBLANC. Voy á servirlos en un credo. (Lisardo y Blasillo siéntanse á la mesa colocada en el centro.)
- BLASILLO. (Esa ventera me... me... Ay!)
- LISARDO. Estás enfermo? Qué tienes?
- BLASILLO. Dolor de muelas.
- LISARDO. Ea, escanciame, y bebe tú.
- MARIBLANC. (Bebed ese licor infernal que adormece los sentidos, infelices! (Mira á Mariblanca vierte Blasillo el vino sobre la mesa.)
- LISARDO. Pero qué haces, majadero? no ves que viertes el vino sobre la mesa?
- BLASILLO. Que vierto el?... Pues es verdad!
- MARIBLANC. (Riendo.) Já! já!
- BLASILLO. Já! já! (Hombre, qué alegrilla es!)
- MARIBLANC. Dadme acá la botella: yo os escanciaré. (Escancia.)
- BLASILLO. Ventera, sois... sois...
- MARIBLANC. Qué.
- BLASILLO. Un bartolillo: venga un bartolillo.
- MARIBLANC. Bebed.
- BLASILLO. Á vuestra salud. (Bebe.)
- MARIBLANC. Gracias.
- BLASILLO. (Ofreciéndola un vaso.) Probadlo, ventera.
- MARIBLANC. Imposible, me haría daño: estoy en ayunas todavía.
- BLASILLO. Conque en ayunas? Ay! Pues ya, ya podiais desayunaros. Á vuestra salud. (Bebe.)
- LISARDO. Quereis servirme otro vaso?
- MARIBLANC. Con mil amores.

- LISARDO. Es restaurador este vinillo.
BLASILLO. Otro traguete. (Bebe.)
MARIBLANC. Tomad.
LISARDO. (Es particular... se me oscurece la vista!)
- MARIBLANC. La embriaguez debe sobrevenir inmediatamente!
- BLASILLO. Já! já! Hombre, me corre ya la alegría por todo el cuerpo! (Ébrio ya.) Ventera... apoyad los codos sobre la mesa.
- MARIBLANC. Oste, señor escudero. (Desviándose de la mesa.)
- BLASILLO. Qué? Hombre, qué honor para mí! Jesús! Me nombran sultan de Constantinopla!
- LISARDO. (Ébrio también.) Siento embriagados mis sentidos... y... un velo densísimo cubre... Ah!... (Se queda medio dormido.)
- BLASILLO. Otro traguete... vente...
- MARIBLANC. (Dormid, incautos. Yo entre tanto volveré á Florinda al palacio de Fuenteseca. (Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA XI.

LISARDO, BASILLO, y poco después MARIBLANCA.

- BLASILLO. Que le corten el pescuezo á ese mancebo, mameluco. Já! já! Nada, no hay perdon. Robar dos dátiles de mi jardín! Pues es una friolera! (Lastímase la nariz sobre la mesa.) Ay! me han dado con la sublime puerta en las narices!
- LISARDO. (En sueños.) Gozar, esa es la vida... Un tejido de placeres.
- BLASILLO. Adelante, bajá... sentaos; id con cuidado no sea que os muerda mi faldero alguna de vuestras colas. Qué hay de cosas? Á quién le cortamos la cabeza? Hombre! con que esas tenemos? Ay, señores chinos! yo os aseguro que no jugareis con el gran turco. Rascadme esta pantorrilla. Bajá... cómo no limpian estas alfombras todo lo necesario?...

LISARDO. (Adormecido.) Os amo á todas... á todas... sois bellísimas.

BLASILLO. Quién lo habia de decir de los chinos!... (Más ebrio cada momento.) tan pelados y tan... Rascadme esa otra... Bajá... Gracias. Pues bien, declaradles la guerra... porque... Perdonad, bajá, pero me han traído un tronco de georgianas y no le he visto todavía... Chis!... eh! eunuco! llévame la cola! (Levantándose Lisardo y Blasillo.)

LISARDO. Es hermosa esta isla... quiero morir en ella. (Cayendo al suelo.)

BLASILLO. Já, já! Vamos, Fátima, estáte quieta... Zoraida, no juegues... (Como si le hicieran cosquillas. Salen los criados y se llevan la mesa y las sillas.) mira que me incomoda contigo... Vamos, niñas; esto es Jáuja! Jáuja? Jáuja. No seria malo. Á ver?

MARIBLANC. (Al paño.) Sándios! su presencia en la posada no es favorable para mis proyectos.

BLASILLO. (En alta voz.) Jáuja?... yo quiero ir á Jáuja. (Cayendo al suelo.)

MARIBLANC. Me acomoda. Vas á cumplir tu deseo inmediatamente. Recobrad el sentido en buen hora, que yo me encargo de haceros olvidar á Florinda. Volad á Jáuja.

MUTACION.

Telón de gasas, en cuyo centro á su tiempo ha de aparecer la palabra JAUJA escrita en letras de oro. Poco á poco se van disipando las nubes. Música en la orquesta.

ESCENA XII.

BLASILLO, LISARDO, una NINFA con una vara de oro en la mano; la ninfa toca con la vara á Lisardo y Blasillo. Recobran estos el sentido.

LISARDO. (Despertando y levantándose.) Eh! dónde estoy?

BLASILLO. Voy. Ya voy, hombre ya voy. Si no son las cinco to-

avía.... (Levantándose y reparando en la ninfa.) Eh? qué vision es esta?

LISARDO. Es un sueño lo que me pasa?

BLASILLO. También hubiérais podido vestiros para presentaros. (La ninfa dice con la accion que está vestida.)

LISARDO. Dónde estamos?

BLASILLO. Esperad que se disipe el humo y veremos claramente. (Dice que no la ninfa.) Que no se disipará? Pero no es más fácil que hableis?

LISARDO. Qué pais es este? (Señala la ninfa junto del telen y aparece la palabra Jauja.)

BLASILLO. Jauja! Demonio, si estamos en Jauja! Hombre, qué delicia! Pero quereis hablar con cincuenta santos? (La ninfa dice que no.) Os estará prohibido? Sois muda? (Dice que no.) Ah! Vamos, ya lo comprendo. Es que en Jauja, para que la felicidad sea completa, son mudas las mujeres. Pero esto es sombrío y triste. Yo quiero ver á Jauja en todo su esplendor, en todo su poder y magnificencia. Hola, obedecedme!

MUTACION.

Desvanécense las nubes y dejan ver el pais de Jauja. Rios de leche, cascadas de almibar, árboles con frutas de oro, etc., etc. En lontananza la vista de la ciudad. Procúrese dar á esta decoracion toda la fantasía imaginable. En el centro del teatro aparecen en grupo las bailarinas; están muellemente tendidas al pie de los bastidores sobre almohadones de ricas telas. Váase la ninfa.

LISARDO. Qué admiracion!

BLASILLO. Ajajá! Esto es otra cosa. Que me festejen con un baile magnífico.

GRAN BAILE.

ESCENA XIII.

DICHOS, MARIBLANCA. Despues JAZMIN por escotillon. Terminada la primera parte del baile, oyese el ruido de una campana chinesca. Amedréntanse todos.

LISARDO. Qué ruido es ese?

BLASILLO. Ay... me flojean las piernas!

JAZMIN. Vuelve á recobrar su poder la pata de cabra, mira.
(Señala al fondo, vése cruzar por los aires á Florinda montada en un carro de oro tirado por cisnes.)

LISARDO. Florinda!

JAZMIN. Ya has perdido un dia: hasta mañana. (Yéndose.)

LISARDO. Mentecato de mí!

BLASILLO. Pobres de nosotros! Por supuesto que aquí debe de andar la mano de esa bruja de Mariblanca! Como la tuviese á tiro...

MARIBLANC. Necio! (Dándole un bofetón y desapareciendo.)

BLASILLO. Ay! No lo dije? (Corriendo)

GALOP FINAL.

Telon despues del baile.

ACTO SEGUNDO.

Selva corta. — Á la derecha, ruinas del castillo de Fausto.

ESCENA PRIMERA.

FUENTESECA, MAESE PEDRO, CATALINA, FLORINDA y ALDEANOS de ambos sexos. Al levantarse el telon, estos últimos rodean á FLORINDA, y por medio de sus acciones manifiestan darle el paraben por su regreso, FUENTESECA y MAESE PEDRO forman grupo aparte.

FUENTESEC. Nada, nada, lo que es esta vez yo andaré listo.

M. PEDRO. Es lo mejor... dice el refran, «aquí te pesco, aquí te cazo,» digo, aquí te caso... que es lo más urgente.

CATALINA. Pero debes haber llegado rendido?... Venir en tan poco tiempo desde Jauja como quien nada dice!

FLORINDA. No, madre mia, no estoy cansada: como es tan cómodo el carricoche en que hemos venido...

M. PEDRO. Elorinda siente ya inclinacion hácia vos... no lo dudeis.

FUENTESEC. Si no lo dudo! Yo poseo un exterior capaz de enamorar el corazon más rebelde... y en cuanto á mis prendas morales—modestia á un lado;—pero no desperdiciemos los instantes. Id en un vuelo á buscar al

escribano; llevadle á mi quinta en volandas si es preciso... Al paso avisad al señor cura... Dentro de una hora las cartas y en seguida á la iglesia.

M. PEDRO. Perfectamente discurrido.

FUENTESEC. Yo, entre tanto, me dirigiré á palacio con Florinda... que no os olvideis! Dignaos, hermosa mía, aceptar mi brazo. (Llega hasta Florinda.)

FLORINDA. (Con mal disimulado disgusto.) Dónde me llevais?

FUENTESEC. Al palacio que en breve ha de ser vuestro. En él lo mismo que en mi corazón sereis la soberana. (Toma Florinda el brazo de Fuenteseca.)

FLORINDA. (Pobre Lisardo!)

FUENTESEC. Suspirais? lo comprendo. Yo también... (Suspira exageradamente.) Ay! El brazo: en marcha. Criados, seguidme.

FLORINDA. Infeliz de mí! (Váase todos por la izquierda.)

ESCENA II.

MARIBLANCA, que sale de las ruinas vestida con una túnica de color de grana. Lleva caperuza de maga y barba blanca.

MARIBLANC. Lisardo no tardará en venir, acaba de revelármelo el conjuro. Oculta bajo este disfraz, no será fácil que me reconozca. Qué? debo haber equivocado alguna dosis. Lisardo llega más pronto de lo que esperaba... Hélo aquí. Lo mismo es para mi objeto.

ESCENA III.

MARIBLANCA, LISARDO por la izquierda.

LISARDO. Aquí es efectivamente: reconozco estos lugares. Guarde Dios al anciano.

MARIBLANC. (Voz de viejo.) Guarde Dios al caballero.

LISARDO. Tendreis la bondad de decirme si es este el castillo de Fausto?

MARIBLANC. El mismo.

LISARDO. Sois por ventura el hechicero sucesor?

MARIBLANC. Para servirlos.

LISARDO. Poco tiempo ha estado vacante la plaza.

MARIBLANC. Ninguno. Aún estaba caliente el cadáver de Fausto cuando tomé posesion de la alcaldía.

LISARDO. Y sois tan hechicero como él? (Hace Lisardo un gesto de duda.)

MARIBLANC. Lo dudais? Haced una una prueba.

LISARDO. Sabeis mi nombre?

MARIBLANC. Lisardo.

LISARDO. Y mi objeto al venir á este castillo?

MARIBLANC. Buscar la rama de oro que comprásteis en la almoneda para Flerinda, vuestra novia.

LISARDO. Por qué tengo yo interés en poseer la rama de oro.

MARIBLANC. Porque Jazmin, ese geniecillo que os protege, os ha revelado hace una hora, que dicha rama es un talisman mucho más poderoso que vuestras píldoras y que la pata de cabra que posee Fuenteseca vuestro rival. Dueño de la rama de oro, seriais invencible.

LISARDO. Quedo convencido. Sois un verdadero brujo. Llevariais vuestra bondad hasta el extremo de guiarme?

MARIBLANC. Con mucho gusto. Pasad si os place.

LISARDO. (Dirigiéndose hácia las ruinas.) VAMOS. (Entra Mariblanca en el castillo. Lisardo detiénese á la puerta al oir la voz de Blasillo.)

BLASILLO. (Dentro.) Ay! Ay! Que me voy á desnucar!

VARS. ALDS. (Dentro.) No corteis la cinta.

OTROS. Esperad que baje un poco.

LISARDO. Qué es eso?

BLASILLO. No hay remedio, me va á estrellar. Virgen de Atocha!

LISARDO. Esa voz... parece la de Blasillo. (Va hácia la izquierda.)

BLASILLO. Ay!... Ay!... Ay!...

ALDEANOS. (Dentro. Grito agudo.) Ay!...

LISARDO. Él es, no hay duda, Blasillo! (Al llegar Lisardo al bastidor, los aldeanos de acompañamiento traen en hombros á Blasillo.)

BLASILLO. Quién me llama? Ay!... Ay!... una cama pronto, una cama... ó dos.

LISARDO. Dejadlo aquí. (Siéntanle sobre una silla de tijera.)

ESCENA IV.

LISARDO, BLASILLO y ALDEANOS.

BLASILLO. Debo tener rotos todos los huesos ¡de mi cuerpo. Á ver... registradme...

ALD. 2.º Si ya os hemos reconocido y no teneis daño ninguno!

BLASILLO. Ya... vamos; entónces... es que... que no tengo daño ninguno... Pues creed que me ¡alegro mucho... hospitalarios campesinos.

LISARDO. Pero Blasillo!...

BLASILLO. Señor de mi alma! (Reconociéndole.) Tener á mi lado la fortuna y no haberla visto! De buena gana te abrazaría... pero no puedo tenerme en pie.

LISARDO. Déjate de cumplidos.

BLASILLO. Ay! me siento más aliviado con solo verte. Cuántas cosas tengo que contarle!...

LISARDO. Pues ven conmigo al castillo.

BLASILLO. Permite, si no te opones,
que dilaten mis pulmones
los perfumes del tomillo.

Me encuentro tan bien aquí!

Las sombras me dan espanto.

Yo en viento verde... me encanto;

resabios de lo que fui.

Tu vista me da valor.

Á ver?... Muy bien... qué regalo! (Estirándose.)

Desde que no estoy tan malo...

parece que esté mejor.

De dónde vienes?

LISARDO.

BLASILLO.

De allá.

LISARDO.

De Jauja?

BEASILLO.

Pues.

UN CAMP.

(Asombro entre los aldeanos.) Está loco!

LISARDO.

Has tardado mucho?

BLASILLO.

Poco.

LISARDO.

Quién te trajo?

• BLASILLO.

Quita allá!

Un lorito ó qué sé yo,
que sabe por vida mía
mucho más cosmografía
que el mismo que la inventó!
Qué animal de más instinto.
Penetración más extraña!
Díjale: «Llévame á España
entre Valdemoro y Pinto.»
Y el malditísimo loro
entendió tan bien el paño,
que aquí estoy, si no me engaño,
entre Pinto y Valdemoro.
Qué embuste!

CAMP. 1.º

Cuerpo de tal!

BLASILLO.

CAMP. 1.º

No hay Jauja.

BLASILLO.

Sí.

CAMP. 1.º

Quién lo abona?

BLASILLO.

Quién? Yo que vengo en persona
de la misma capital.
Que no hay Jauja! No ha de haber?
Buen testigo es mi señor.
Pero existe?

CAMP. 1.º

LISARDO.

Superior

á cuanto podáis leer.

(Duda entre el acompañamiento.)

CAM. 1.º

Yo lo dudo.

BLASILLO.

Majadero!

CAM. 1.º

Vaya, qué quieres?

BLASILLO.

Mal rayo!

Pase dudar de un lacayo;
mas dudar de un caballero ..

VARIOS CAMP.
OTROS.
CAMP. 1.º
BLASILLO.

Es verdad... (Convenciéndose.)

(Convenciéndose.) Tiene razon.

Bien... bien... lo creo. (A pesar suyo.)

Hay tal cosa!

De esa ciudad prodigiosa,
escuchad la descripcion.

(Los aldeanos forman corro alrededor de Blasillo.)

En unos fértiles hondos
por dos montes circundados,
sobre muchos pies cuadrados
alza sus muros redondos.

Fertilizan el verjel
que sus murallas rodea,
rios de dulce jalea
y arroyos de blanca miel,
que ántes de dar en el mar
con sus espesas corientes,
árboles, plantas y fuentes
hacen el suelo brotar.

Cuanto se codicia aquí,
cuanto un sueño caprichoso
pueda inventar, más hermoso
se encuentra de sobra allí.

Álzase allí corpulento,
(no hay ningun árbol mezquino)
junto á una fuente de vino

dando sus ramas al viento, (Bien los aldeanos.)

un rico peral, creedme,
que produce, y apiñadas,
unas peras confitadas
que estan diciendo «comedme.»

Más allá véñse gentiles
haciendo al hambriento ultraje,
pendientes de otro ramaje
dos docenas de perniles,
que al roce de los colmillos
pródigo el árbol arroja.

CAMP. 1.º

BLASILLO.

Y no tiene este árbol hoja.
Pues qué tiene? (Escuchan todos atentos.)

Panecillos. (Risas.)

Es una tierra que priva!
Y buñuelos? Dios clemente!
Se comen tan fácilmente!
Con tenderte panza arriba
viendo el azul de los cielos,
ya ves tú si es cosa poca,
justitamente á la boca
te se vienen los buñuelos.
Es de la delicia el colmo.
En Jauja, saberlo debes,
no es cosa del otro jueves
pedirles peras á un olmo,
pues se ven todos los días
higueras que dan manzanas,
pinos que dan avellanas
y almendros que dan sandías.
Y este placer sin igual
se goza perpétuamente,
bajo un cielo trasparente
y un tiempo primaveral,
pues con tener tanta fecha
tal ciudad nadie ha sabido
que hasta el presente haya habido
ni un año mala cosecha.
No haya miedo que un nublado
del campo el frulo se lleve,
porque llueve, cuando llueve,
azúcar clarificada. (Risas.)
Ni á nadie un pedrisco altera,
ni mueve un prodrisco cisco.
Yo he visto en Jauja un pedrisco
de huevos de faltriguera. (Risas.)
Qué diferencia de acá!
Y he visto... Si no me acuerdo!

CAMP.

BLASILLO.

CAMP.

BLASILLO.

En fin, clicos, si me pierdo
que me busquen por allá!
Buen país!

País que ciega!
Y la ciudad?

Asombrosa.

La ciudad es más hermosa
todavía que la vega.
Las casas son de turron;
tienen de pan los balcones,
de almibar los escalones
y aldabas de salchichon.
Las alcobas de melada
suelen ser... vamos... te embobast
Yo me almorcé dos alcobas
el dia de mi llegada. (Risas.)
Do quier que mires, hechizos
es infalible que halles:
están en Jauja las calles
empedradas de chorizos.
Cuanto piensas, realizas...
Conviertes en llanos cerros;
hombre, qué más! van los perros
atados con longanizas,
y con las panzas tan llenas,
y tal reposo en los dientes,
que miran indiferentes
sus incitantes cadenas.
Ni los ojos distraidos
leen letreros menguados;
no hay calle de «Ajusticiados»,
ni plazuela de «Afligidos»,
ni cuesta de la Agonía,
ni otro nombre así tan feo:
mira qué hermoso paseo
dí yo en Jauja el primer dia. (Atencion.)
Despues de almorzar jainon

y de apurar una taza,
me encaminé por la plaza
de la Buena digestion,
y calles de la Quietud,
del Reposo, de la Siesta
y de Nunca subas cuesta
al cerro de la Salud,
que es delicioso en verdad;
luego por la del Pastel,
dí conmigo en el verjel
de la Gran felicidad;
y por la calle, es memoria,
que de la Cama se llama,
regresé á tomar la cama
por la puerta de la Gloria.
Quieres más dicha? La quieres?
Estos son bonitos nombres!
Y hay unos hombres... Qué hombres!
Y mujeres... qué mujeres!
No hablan como las de aquí,
que es del sosiego lo crítico.
Y qué sistema político
tan admirable hay allí!
Reinan paz y orden profundo:
cada cual está contento:
no se arma un pronunciamiento
ni por nada de este mundo!
No hay aquéllo de «Cayó?»
pues palo. «Ni hacer el bú,»
ni lo de «Quitate tú
para que me ponga yo.»
Deseando mandar no hay uno:
lo consiguen...

Por qué modos?

Como hay turrón para todos
no se alborota ninguno.
Qué humanidad en los jueces!

ALDEANOS
BLASÍLO.

Qué humildad en el delito!
En fin, señores, repito
cuatro millones de veces,
que si escapo, y con afán
quieren el bulto pescarme,
vayan á Jauja á buscarme,
que en Jauja me encontrarán.
Yo tiemblo con sólo oílo!
Pues yo en marcharme no tardo.

CAMP.
OTRO.

ESCENA V.

DICHOS y MARIBLAMCA, que ha salido ántes y se ha colocado junto á LISARDO, sin llamar la atención de nadie.

MARIBLANC. Si os acomoda, Lisardo,
podeis pasar al castillo.
BLASILLO. Demonio!
MAMP. El brujo, corred. (Huyen con espanto.)
BLASILLO. Brujo dicen? Guarda Pablo!
CARIBLANC. Huyen como del diablo
de mi esos menguados!... Ved.
Y este mozo? (Por Blasillo.)
BLASILLO. Servidor.
LISARDO. Mi criado.
MARIBLANC. Listo parece.
LISARDO. Sí que es listo.
BLASILLO. Se agradece:
lisonjas de mi señor.
MARIBLANC. Y es muy buen mozo y muy fino;
no nació para criado.
BLASILLO. Pues me veis averiado
con el polvo del camino,
que si no...
LISARDO. Basta.
MARIBLANC. Venid.
BLASILLO. Muy guapo soy!

LISARDO.

Calla, loco.

BLASILLO.

Voy á ser dentro de poco
el Narciso de Madrid.

(Entra contoneándose en el castillo. Mariblanca y Lisardo han entrado un poquito ántes.)

MUTACION.

Gabinete gótico en el castillo de Fausto.—La altura de este gabinete debe reducirse por medio de dos grandes bambalinas en forma de arco. Á la altura conveniente aparecerán colgados de la pared doce cuadros ovalados, con doce retratos de magos, perfectamente parecidos entre sí, y al disfraz de mago adoptado por Mariblanca. Los retratos deben ser de medio cuerpo. Á su tiempo han de abrir las bocas y mover los ojos. En el centro del proscenio un sillón: sobre él dos libros y un gorro de dormir. Junto á la tapia, y enfrente del público, y dejando en medio la puerta del foro, dos camas. Oscuridad. En el centro una lámpara sin luz colgada.

ESCENA VI.

MARIBLANCA, LISARDO y BLASILLO por el foro.

MARIBLANC. Entrad sin miedo.

BLASILLO. Habeis creído, señor nigromante, que somos como los murciélagos, que ven de noche?

LISARDO. La oscuridad es profunda efectivamente.

BLASILLO. Á ver. (Aparece luz en la lámpara y queda el teatro á media luz.) Ajajá! Esto ya es otra cosa. Calla! Pues este recinto es todo un museo de pinturas! ¡Uno, dos, cuatro, ocho, doce cuadros!...

MARIBLANC. Son los retratos de mis antecesores.

BLASILLO. Hombre, qué feos son todos, y cómo se parecen á vos! (Mariblanca le amenaza con un gesto.)

LISARDO. Es este por ventura el panteon del castillo?

MARIBLANC. No; esta es la sala donde las brujas del contorno celebran sus aquelarres, siempre que hay que tratar algun asunto importante, concerniente á la hechicería.

BLASILLO. Las brujas? Ay! Y decidme, abuelo, sabeis si hoy es dia de sesion? (Escamado.)

MARIBLANC. Á las doce estan convocados los brujos.

BLASILLO. Voy. (Dando una fuerte voz.) Me parece que me han llamado.

LISARDO. Quédate en este sitio.

MARIBLANC. Tú, Lisardo, puedes, si gustas, empezar á buscar desde luego la rama de oro. Tú, Blasillo, ahí tienes cama y libros; duermes ó instrúyete, como quieras: si necesitas alguna cosa, llama y acudirán mis criados subterráneos. Hasta despues. (Váse Mariblanca por el foro.)

LISARDO. Guárdeos Dios.

BLASILLO. Que Dios os guarde.

ESCENA VII.

LISARDO y BLASILLO.

BLASILLO. Qué campechano es el abuelo!

LISARDO. Me quita la esperanza de hallar la rama de oro, el ver que no se opone el hechicero á que verifique el registro del castillo.

BLASILLO. Señor, por qué no te acuestas?

LISARDO. Tienes razon. No hay mejor consejero que la cama. Pon la lengua en reposo y á dormir.

BLASILLO. Vas á acostarte?

LISARDO. Sí. (Échase sobre una cama.)

BLASILLO. En ese caso, obedezco (Échase sobre la otra.) Hola, parece que nos aprieta el sueño, eh?

LISARDO. Quieres dejarme en paz, hablador?

BLASILLO. Ajajá! Ay! Qué ganas tenia de tomar la horizontal!

LISARDO. Te he dicho que calles. (Pausa.)

- BLASILLO. Señor?
- LISARDO. (Indignado.) Otra?
- BLASILLO. Es una pregunta del mayor interés. Encuentras dura tu cama?
- LISARDO. Mucho. Parece una piedra.
- BLASILLO. La mía parece dos. Es imposible conciliar el sueño sobre ella.
- LISARDO. Y qué pretendes?
- BLASILLO. Toma, una cama como pueda tenerla el arcediano más regalón.
- LISARDO. No esperes para conseguirlo que consuma yo una píldora.
- BLASILLO. No, si eso debe correr á cuenta del hechicero. Á ver! ¡Hola? Es este modo de dar alojamiento? Quere-mos dos camas cómodas. (Cenviértense en cómodas las camas, quedando Blasillo y Lisardo ocultos en ellas.) Ay! que me ahogo! Sacadme por Dios de esta gazapera! Señor hechicero! Señor hechicero! Por la Virgen de Atocha! Hombre, que me voy á ahogar! Ay, Dios mio! (Salen por escotillon dos demonios vestidos de color de grana. Tiran del cajon de arriba y sacan á Blasillo.) Ya respiro. Si tardan dos minutos más vuesas mercedes... (Retrocede espantado al ver á los demonios.) Huy! Demonio! Vaya unos lacayos de gusto! Sois erizados del nigromante? (Dicen que sí.) Por muchos años. Decid, hijos míos, se os ha muerto algun pariente? (dicen que no.) Lo preguntaba porque como vais vestidos de luto. . (Parecen los pícaros dos pimientos colorados.) Calla! Y mi pobre amo? Ya se habrá muerto á estas horas! Voy, señor, voy en seguida. Mira, mocito, chis! Ten la bondad de ayudarme. (Entre un demonio y Blasillo van tirando de los cajones de la cómoda que oculta á Lisardo según lo marca el diálogo.) No te impacientes, señor, no te impacientes... (Viendo vacío el primer cajon.) Qué!... Nada. Estará en el otro? (Tiran Blasillo y el otro demonio del cajon segundo, del cual cae un sombrero.) Tampoco! Qué es esto? Allí! Es su sombrero! Señal de que ha pasado por aquí. De

fijo está en el último. Tira, moreno. No lo dije?) (Sacan el tercer cajón y de él una contrafigura perfectamente parecida á Lisardo, que dejan tendida en el suelo.) Aquí está, pero no respira! Á ver... Agua! Vinagre! Pobre amo mío! No temas, yo te restituiré la vida. Esto debe ser parálisis de la sangre. Acaso con unas friegas... Morenitos, teneis la bondad de ayudarme? (Dicen que sí.) Pues anda. (Pónense á dar friegas á la contrafigura, que va perdiendo el volúmen á la manera que le ocurriría á un cuerpo humano, si no le dejasen más que la epidermis y el vestido.) Fregar, hijos, fregar; fuerte, fuerte; miradme á mí. Así, eso es. Ay! ay! ay! que se va! Señor... señor? Calle! pues ya se ha ido. Qué es esto? Á ver, á ver. (Registrándole los bolsillos.) Ah! Estoy tranquilo. Cuando se ha llevado sus píldoras, es señal de que no se ha muerto. El accidente no merece la pena de perder el sueño. Eh! flanco derecho, morenitos. No me entendéis? que os marcheis, que no os necesito. (Vánse los demonios por escotillon.) Sí, pero, dónde me acuesto yo, si volaron las camas? Vaya, me arreglaré en el sillón, como Dios me dé á entender. (Siéntase en el sillón en el centro del proscenio.) Á ver. No es muy cómodo que digamos, pero... en fin, puede pasar. Qué es esto? Calla! Un gorro de dormir! Del hechicero sin duda. Bien se cuida su señoría. No me viene mal, porque empezaba á sentir frío en la cabeza.

Pues señor, sentado aquí, (Bosteza.)

aaah? daré cada ronquido...

LOS RETR.

Aaah! (Bostezan.)

BLASILLO.

Qué? No, pues yo he oído
bostezar detrás de mí. (Mira á todas partes.)

El miedo sin duda fué.

Vamos, si soy un miedoso. (Pónese el gorro.)

(Las caperuzas de los magos trasformanse instantáneamente en gorros de dormir.)

Debo de estar muy gracioso

con mi gorro... Jé!...

LOS RETR.

Jé! jé! (Carcajada.)

BLASILLO.

Ay! no me atrevo á volverme!
Temo del susto morirme!
Si yo pudiera dormirme
diez horas duermo que duermo!
Siento un hormigueo aquí...
que me causa un qué sé yo...
Y no traigo espada! (Apurado.)

LOS RETR.

(Con voz hueca.) No.

BLASILLO.

Si soy un pöllino.

LOS RETR. (Abriendo la boca como siempre que hablan.) Sí.

BLASILLO.

Ahora sí que el miedo es gordo! (Temblando.)

Vaya un temblor que me da!

Me parece que será

lo mejor hacerme el sordo.

Si durmiera!... No podré:

siento frío en las narices...

En fin, probemos... Felices. (Intenta dormir.)

LOS RETR.

(Á media voz, pero de un modo espantoso.)

Felices las tenga ucé.

BLASILLO.

Ya estoy haciendo pucheros:
se me heriza la melena.

(Vuelve la cabeza hácia los retratos.)

Ay! Virgen de la Almudena,

qué fila de cocineros!

Si feos con la capucha

estaban, lo que es así...

aún lo están más... Ay de mí!

Qué suerte me espera?

LOS RETR.

Escucha.

MUSICA.

CORO.

Cuando las doce
de la mañana,
en tus oídos

oigais sonar,
las brujas todas
de estos contornos,
á este recinto
verás llegar.
Despues, Blasillo,
de atormentarte
con uñas fieras
toda la faz,
bien en dragones,
bien en escobas,
por esos aires
te llevarán.

BLASILLO. (Temblando.) Cielo divino,
haz por favor
parar las ruedas
de ese relcjl
Qué miedo tengo,
pobre de mí!
Qué miedo tengo!
Ji, jí, jí, jí. (Llora.)

LOS RETR. Pobre Blasillo,
llorando está!
qué miedo tiene!
Já, já, já, já! (Rien.)

(Suenan solemnemente las doce. Blasillo, anonadado, cae en el sillón. Ábrense doce boquetes en el muro, por los cuales penetran doce brujas de figura horrenda. Despues de examinar á Blasillo, se vuelven á hablar con los retratos. Deben hablar en voz marcada y exageradamente gangosa.)

BLASILLO. Las doce! Ay!
BRUJAS. Quién al mozo á la cueva ha traido?

LOS RETR. En la cueva se entró de rondon.

BRUJAS. Será brujo?

LOS RETR. No es brujo.

BRUJAS. (Volviéndose de cara á Blasillo.) Pues vamos
en la lumbre á volverle un toston.

(Haciendo mil ridículas contorsiones y mortificando á Blasillo con sus varas.)

Lo pincharemos,
lo sajaremos,
ay! ay! qué gusto
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros
ay! ay! qué apuros
que pasará!

BLASILLO.

Jesús, qué impuras
caricaturas!
ay! ay! qué miedo!
Pobre de mí!
Quieren pincharme
quieren sajar-me,
ay! ay! qué miedo!
¡jé, jé, jé. (Llora.)

BRUJAS.

Lo pincharemos,
lo sajaremos,
ay, ay, qué gusto,
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros
ay, ay, qué apuros
que pasará.

LOS RETR.

Van á pincharle,
van á sajarle,
ay, ay, qué gusto,
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros,
ay, ay, qué apuros
que pasará!

BLASILLO. Socorro, Dios mío! Quién me librará de las garras de estas furias? (Golpe de campana china. Ábrese el fondo y aparece Jazmín rodeado de geniecillos, sentado sobre un trono

de gloria. Caen al suelo las Brujas, postrándose ante Jazmin.)

ESCENA VIII.

DICHOS y JAZMIN.

JAZMIN. Yo. Ha vuelto á cesar por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.

BLASILLO. Hombre! cuánto chiquillo! Son todos hijos vuestros! Os habeis lucido, señores magos. Já, já! Hombre, no sé cómo... (Amenazando á las Brujas con el pie.) En fin, os perdono... Soy generoso. Marchemos. (Váse por el foro.)

MARIBLANC. (Al paño.) De qué os servirá el auxilio de ese genio, imbéciles! Veremos, Lisardo, quién puede más, si tu amor ó el mio. Hola! cumplid mis designios, genios que me favoreceis! Conducid á mis enemigos á la gruta Negra.

MUTACION.

Selva corta.

ESCENA IX.

RAPIÑA y cuatro ALCUACILES.

RAPIÑA. Os digo, señor mio, que el lance paró ni más ni menos como os lo he contado.

JUAN. Pues habeis sido testigo ocular del hecho?

RAPIÑA. Pues no os he dicho que sí! Y de todos sus detalles. Nos hallábamos reunidos en el salon grande del palacio del señor de Fñenteseca: despues de reclamar yo silencio por medio de una tos preparatoria, leí solemnemente el contrato de esponsales. Encontrado conforme por los contrayentes, presenté á Florinda la pluma, con gracia; cogióla ella, y al tiempo de

dejarla sobre el papel para firmar, aparece Lisardo, espada en mano, sin que hasta ahora haya podido averiguarse por dónde; coge á Florinda en brazos, y ¡pif! desaparecen los dos por la pared, como si hubiese sido de manteca. Figuraos la cara que pondríamos todos... una cuarta abrió de boca, el que abrió ménos. Pasado el primer susto, ocurriósele á Fuenteseca la idea de... de perseguir á los prófugos... Aprobado el pensamiento, organizamos la batida... Fuenteseca, con los suyos, se ha hecho fuerte en la cuesta del arroyo: Maese Pedro ha tomado posesion con sus amigos de la colina del castillo de Fausto, y á mí me han encargado la defensa del camino de la gruta Negra, que es éste. Por eso tiemblo.

JUAN.

RAPIÑA.

Participais tambien de la supersticion del vulgo? Lo que el vulgo siente en este particular, no es supersticion, señor mío, sino temor justificado. Esa horrenda gruta ha ocasionado más víctimas á estas fechas que una peste. Ay del mortal inadvertido que penetre en ella! En sus tenebrosas concavidades, cada paso es un peligro; sus frutas envenenadas, como sus aguas, os ocasionan, si las probais, una muerte cierta. En fin, podreis pensar de mí cuanto mal os diere la gana, pero no llego á la boca de esa gruta, así me mande hacer la santa un chicharron. Entónces quiere decir...

JUAN.

RAPIÑA.

Quiere decir, que el límite de mi persecucion será el álamo negro. Los fugitivos, engolfados en sus amores, no habrán llegado á él todavía; de modo que serán nuestros prisioneros ántes de un cuarto de hora.

JUAN.

RAPIÑA.

Pero eso podrá ocurrir si no perdemos el tiempo. Es verdad: en marcha, muchachos. Brazo fuerte y corazon entero. Vosotros dos marchad delante: vosotros á retaguardia, y nosotros en el centro. Nó os apartéis de mi lado, señor Guarda-Bosque... Ay de ellos! Valor y mucho ojo, morenitos.

MUTACION.

Interior de la gruta negra.—En el centro, una gran roca. Mari-
blanca vestida de un modo fantástico, cuyo traje se transforma
á su tiempo.

ESCENA X.

MARIBLANCA.

Esa es la humanidad! Si por un momento consiguen
los genios del bien colocar al hombre en la senda
de la dicha, al instante le apartan de ella los del
mal. Triste es la condicion humana! Lisardo y Flo-
rinda llegan! Blasillo no les acompaña. Buen augu-
rio! Mis designios han sido fielmente cumplidos por
los auxiliares de mi poder. Ocultémonos. (Le hace
tras una peña.)

ESCENA XI.

FLORINDA, LISARDO, y á poco JAZMIN por escotillon.

LISARDO. Entra, Florinda mía.

FLORINDA. Qué oscuridad! Me siento poseida de terror en este
sitio: he oido contar tantas cosas horribles de esta
gruta!

LISARDO. Nada temas á mi lado. Mi intencion, hermosa Flo-
rinda, es interesar en favor nuestro á la ninfa de
estos lugares; si ella nos favorece, podremos encon-
trar la rama de oro, y entonces nuestra felicidad
queda hoy mismo asegurada. (Sale Jazmin por escotillon.)

JAZMIN. Por ese medio no lo conseguirás, Lisardo.

LISARDO. { Jazmin!

FLORINDA. }

JAZMIN. Es preciso buscar otro recurso. La ninfa de esta

- gruta favorece á tu rival.
- FLORINDA. Pobres de nosotros.
- JAZMIN. Si, pobres de vosotros, si la mayor prudencia no guia vuestros actos. Estais rodeados de peligros. Juntos habeis entrado en esta gruta; no saldreis de ella lo mismo.
- LISARDO. Imposible! Qué fuerza será bastante á separarme del lado de mi Florinda?
- JAZMIN. Ignoras, infeliz, que la ninfa de la gruta posee poderosos encantos? Ella os separará. La sombra de un árbol, un licor, una palabra, cualquiera cosa bastará á borrar de tu mente el recuerdo de Florinda. Tú, fascinado por los placeres, turbados los sentidos por la influencia de algun narcótico, cometerás alguna locura, y ay entónces de vuestro amor y de vuestra felicidad!
- LISARDO. Nunca.
- FLORINDA. Lisardo mio!
- LISARDO. Ah! decidme, habeis tenido alguna noticia de mi fiel escudero, de mi pobre Blasillo?
- JAZMIN. Ha sido reducido á negra esclavitud por la pérfida Mariblanca: pero ni halagos ni castigos han podido hasta ahora arrancar de su corazon el odio que la maga le inspira.
- LISARDO. De modo que su vida será actualmente un padecimiento continuo?
- JAZMIN. No: Mariblanca lo espera todo de Blasillo, despertándole la ambicion y haciéndole subir á un alto puesto... Pero estamos perdiendo el tiempo. No os movais de aquí. Yo entre tanto veré al rey de los genios y algo espero conseguir en vuestro pro, á pesar de hallarse nuestro talisman en un período de impotencia. Adios.
- LISARDO. Volvereis?
- JAZMIN. Con cuantas noticias y esperanzas logre adquirir. Fortaleced vuestra prudencia.

ESCENA XII.

LISARDO y FLORINDA.

FLORINDA. Me deja llena de espanto.

LISARDO. No tiembles, Florinda mía.

FLORINDA. Sentada en esta peña voy á esperar el regreso de Jazmin. (Se sienta.)

LISARDO. Qué incómodo asiento! Bien quisiera, hermosa mía, ofrecerte una cama de flores, pero... (Trasfórmase el peñon en una cama de flores.) Qué maravilla! Una cama de flores!

FLORINDA. Me parece de buen agüero esta trasformacion. No te apartes de mi lado.

LISARDO. Espera un momento. (Va á la derecha.) Creo haber oido pisadas... Sin duda vienen á separarnos!... (El peñon que se trasformó en cama de flores recobra su forma primitiva. Desaparece Florinda. Vuelve hácia la peña.) Ha sido ilusion de mis sentidos! Recobra, vida mía, tu pérdida serenidad. Dios mio! Florinda... Florinda mía!... Quién me la ha robado?

MARIBLANC. (Apareciendo.) Yo!

ESCENA XIII.

MARIBLANCA, LISARDO.

LISARDO. Quién eres?

MARIBLANC. De esta mansion soy la ninfa misteriosa.

LISARDO. Por qué siendo tan hermosa tienes tan mal corazon? (Rie Mariblanca.)

Risa desdeñosa y fria para mis dolores tienes?

Por qué inhumana, previenes tu poder en contra mía?

Yo aceptaré esta prision
y todas las penas tuyas
con tal que me restituyas
el bien de mi corazón.
Deja á Florinda y disfruta
lo dicha que se halla aquí.
La desprecio.

MARIBLANC.

LISARDO.

MARIBLANC.

LISARDO.

MARIBLANC.

LISARDO.

MARIBLANC.

LISARDO.

MARIBLANC.

LISARDO.

MARIBLANC.

Para tí
no será cárcel ni gruta.
Palacio sabré yo hacer
de la cueva que ahora moras
donde contarás tus horas
por las horas de placer.
Nada quiero sin Florinda.
Resistir será peor.
Como no sea su amor,
no hay promesa que me rinda.
La dicha que se halla aquí,
riqueza, poder, encanto,
todo lo desprecio tanto
como te desprecio á tí.
Si es tal tu poder, avanza. (Desnuda la espada.)
Lisardo, demente estás.
Avanza.

No escaparás
al poder de mi venganza.
Aun te concedo un espacio.
Cumple tus votos impíos.
Tú lo quieres.—Genios míos,
al jardín de mi palacio.

(Desaparece el traje de Mariblanca, quedando ricamente vestida
de princesa.)

MUTACION.

Jardín magnífico en América.—Multitud de flores y pájaros. En

el fondo un lago tranquilo y trasparente limitado por un bellissimo horizonte. Junto á todos los bastidores mesas de flores cubiertas de manjares. Coros de ambos sexos vestidos de un modo fantástico. Bacantes. Mucha admiracion, mucha vida, bacanal completa. Esclavos negros sirven los manjares.

ESCENA XIV.

LISARDO, MARIBLANCA.

LISARDO.

Qué admiracion! Qué mujeres!

Á gozar!

MARIBLANC.

Á gozar luégo.

Despues, lágrimas de fuego
te han de costar los placeres.

(Siéntase en la primera mesa de la derecha.)

BACANAL.

Bebamos,

gocemos,

bailemos

al par.

La vida

es muy corta

é inporta

gozar.

(Los negros traen en triunfo á Blasillo (negro), el cual viene sentado sobre un palanquin de flores. Debe estar vestido de un modo rico pero grotesco.)

No hay otro goce

como el amor.

Viva Cúpido!

Venga licor!

Todas las copas,

todas llenad,

y alegres todos

reid, cantad.

Bebamos,

gocemos,

bailemos

al par.

La vida

es muy corta,

é importa

gozar.

(Baja Blasillo del palanquin. Fórmanle todos semicírculo.

BLASILLO. Pues señor, no hay duda: tan guachindango soy ahora como ántes fui pollino. Yo negro! Ay! qué negra suerte la mía! Y sin embargo, tambien voy á ser príncipe, y un príncipe, por tiznado que esté, vale más que un borrico. Pase la negrura por el principado. Por mucho ménos se dejarían tiznar más de cuatro blancos que yo conozco.

MARIBLANC. Ya lo ves: vas á ser señor de estos dominios...

BLASILLO. Bien: muy bien: perfectamente. (Voy á dirigirles un discurso.) Vasallos míos, estoy contento de vuestras gargantas. Esa cancion, me ha parecido muy bien. Muy bien me ha parecido esa cancion, que tan bien me ha parecido. Sois fuertes... sois robustos... Y quién podrá negar que la agricultura es la principal riqueza de un país? Habrá quien lo niegue? No. Qué ha de haber! Sembrad, hijos míos, sembrad, porque... (Salida de tono.) Pues y la industria? Ahí teneis si no á las hormigas... y á los... y á las... del... Vaya lo dejaremos para mañana. (Como no tengo costumbre de hablar en público...)

LISARDO. (No hay duda, esa voz es la de Blasillo!) Blasillo!

BLASILLO. Señor... señor!... (Va á abrazarle, pero se contiene.) (Ay me olvidaba de que voy á ser príncipe!)

LISARDO. Blasillo de mi alma! Tú por acá?

BLASILLO. (Con mucho desden.) Qué es eso de tú? Alteza guachindanga si te parece, vasallo.

LISARDO. Canalla! Bah! no mereces mis iras. Qué me importa

de tus sandeces? Á mí los bacantes, servidme de esos vinos.

MARIBLANC. Quién se atreve á levantar la voz en mis estados? Á mí los esclavos: festejad á vuestro futuro príncipe.
(Señalando á Blasillo.)

BLASILLO. Gracias, princesa. Pero ántes permitidme que os exhiba alguna de mis habilidades. Voy á bailar. Esta prueba de confianza cautivará las simpatías de mis súbditos... (Á la bailarina.) Morenita, voy á dispensarte el honor de bailar un «Cucuyé» contigo. No tengas reparo. Prescinde de mi majestad y baila como bailarías con un cualquiera.

CUCUYÉ.

(Terminado el baile.) Estoy cansado. Necesito restaurar mis fuerzas. Hola! servidme manjares suculentos, y los líquidos más sibaríticos. No demoreis vuestro servicio.

ESCENA XV.

DICHOS, MAESE PEDRO y FUENTESECA. Estos dos vestidos de cocineros. FUENTESECA trae sobre una fuente una cabeza de jabalí. MAESE PEDRO una de vaca.

MARIBLANC. (Aquí Fuenteseca y Maese Pedro!)

BLASILLO. (Á Mariblanca.) Quereis servirme una copa!

FUENTESEC. (Oculto bajo este disfraz no es fácil que me reconozcan.)

LISARDO. (Brindando.) Por vuestra belleza, hadas hermosísimas!

M. PEDRO. (Mira á todas partes.) (No descubro á mi hija.)

FUENTESEC. (Yo disfrazado de cocinero para buscar á mi novia. Qué humillacion!)

BLASILLO. Demonio! Yo conozco á ese hombre! Es Fuenteseca... Ah! traidor... Y aquel... aquel es Maese Pedro!

FUENTESEC. (Escamado.) (Cómo me miral)

BLASILLO. Vendrá á matarme!... Á ver! Oh! qué idea! Evitémoslo. Genio que me proteges, trueca las cabezas de esos miserables. (Las cabezas de vaca y de jabalí suben á ocupar respectivamente el lugar de las de Fuentesecca y Maese Pedro, bajando las de estos á los platos en lugar de aquellas.) Ajajá!

TODOS. (Con asombro.) Ay!

LISARDO. Maese Pedro! Este recuerdo... Florinda! Florinda mia! Ah! aquí tengo mi talisman. (Gritando con desesperacion.) Acúdeme, Florinda!

ESCENA XVI.

DICHOS y JAZMIN por escotillon.

LISARDO. Qué es eso! amor mio, no acudes á mi voz? (Con imperio.) Obedece á mi talisman.

JAZMIN. Es tarde. Vuelve á ser poderoso el talisman de Fuentesecca.

LISARDO. (Con desesperacion.) Miserable de mí!

BLASILLO. Princesa, socorrednos; interponed vuestro influjo.

MARIBLANC. Princesa! Já! já! Imbécil, no me conoces? Me he fugido princesa para frustrar vuestro intento. Soy Mariblanca.

BLASILLO. Vos? imposible. La prueba.

MARIBLANC. (Dándole un bofetón.) Toma!

BLASILLO. Ay! ahora sí que lo creo. Agua... agua. (Váse corriendo y gritando.)

LISARDO. Pero Florinda, dónde se halla?

MARIBLANC. Allí. (Señala al foro por el cual cruza Florinda embarcada en una graciosa góndola movida por sirenas.)

LISARDO. (Con dolor.) Ah!

JAZMIN. Ya no le queda á tu talisman más que una hora de poder. (Váse Lisardo corriendo por el foro; desaparece Jazmin y Mariblanca. Música y cae el telón.)

TABLE XVI

Notes: 1. Data for 1960-61.

1. Total	100.0
2. ...	...
3. ...	...
4. ...	...
5. ...	...
6. ...	...
7. ...	...
8. ...	...
9. ...	...
10. ...	...
11. ...	...
12. ...	...
13. ...	...
14. ...	...
15. ...	...
16. ...	...
17. ...	...
18. ...	...
19. ...	...
20. ...	...
21. ...	...
22. ...	...
23. ...	...
24. ...	...
25. ...	...
26. ...	...
27. ...	...
28. ...	...
29. ...	...
30. ...	...
31. ...	...
32. ...	...
33. ...	...
34. ...	...
35. ...	...
36. ...	...
37. ...	...
38. ...	...
39. ...	...
40. ...	...
41. ...	...
42. ...	...
43. ...	...
44. ...	...
45. ...	...
46. ...	...
47. ...	...
48. ...	...
49. ...	...
50. ...	...

ACTO TERCERO.

Gabinete corto en el palacio de Fuenteseca.

ESCENA PRIMERA.

MAESE PEDRO, FUENTESECA.

FUENTESEC. Callad, Maese Pedro, callad: no me recordeis esa humillante trasformacion. Todavía conservo en las narices el olor del peregril!

M. PEDRO. Y yo del relleno, que trascendia á yerbabuena de un modo insufrible.

FUENTESEC. Que burla tan infame! En cuanto Blasillo caiga en mi poder, le he de convertir en pollino... para in eternum.

M. PEDRO. Y con respecto á Lisardo, qué pensais hacer?

FUENTESEC. Casi nada. Encerrarlo en un castillo para toda su vida.

M. PEDRO. La dificultad consiste en prenderlo.

FUENTESEC. Nada más fácil: Florinda hállase encerrada en el último pabellon del edificio que da al bosque! Dejará Lisardo de dar una vueltecilla por ahí, para ver de robarme la futura?

M. PEDRO. Es natural.

FUENTESEC. Tan natural, como la emboscada que yo le he preparado: como acuda á pelar la pava, no tiene más remedio que caer en mis manos.

ESCENA II.

DICHOS y un LACAYO, que entra precipitadamente.

LACAYO. Señor...

FUENTESEC. Qué se ofrece?

LACAYO. Los centinelas del valle envían á decir que el pastor Lisardo y su criado acaban de penetrar en la floresta.

FUENTESEC. No os lo dije? Está bien; salid. Ea, Maese, acompañadme, nada temáis.

M. PEDRO. Temer yo?

FUENTESEC. Repicad bien los tacones, que en la presteza está la victoria. Vamos?

M. PEDRO. Vamos.

FUENTESEC. Ay del infeliz! Hoy se convencerá de que impunemente no se juega con la raza de los Fuenteseca.
(Vase por la derecha.)

MUTACION.

Bosque.—Á la izquierda, la fachada posterior de un edificio sin ventanas, rejas ni luces de ninguna clase. Y dos grandes peñas una á la derecha y otra á la izquierda,

ESCENA III.

LISARDO y BLASILLO por la derecha.

LISARDO. Aquel debe ser el edificio donde yace encerrada mi Florinda. (El de la izquierda.)

BLASILLO. Pues no hay duda que estará divertida... Ni una re-

ja, ni una ventana... Qué tormento! Eso es emparejar á las gentes.

LISARDO. Yo sabré arrancarla del poder de sus verdugos, aunque sea á costa de mi vida.

BLASILLO. Eso es pensar con nobleza.

LISARDO. Cuántos afanes me cuesta su cariño!

BLASILLO. Muchos. Y á mí cuántos mojicones! Todavía me echa chispas el carrillo este!... Pero aún no me has contado cómo te arreglaste con el dragon de la gruta Negra.

LISARDO. No es esta ocasion oportuna para referirte la aventura. Lo interesante para mí es ver á Florinda.

BLASILLO. Y por dónde pretendes hablarle?

LISARDO. (Con imperio.) Por allí. (Trasfórmase la fachada en pórtico de un palacio. Nace una escalinata por la cual baja Florinda.)

ESCENA IV.

DICHOS y FLORINDA.

BLASILLO. Poderoso arquitecto!

LISARDO. Ponte en acecho, y si notas que alguien se dirige á estos sitios avísame.

BLASILLO. Descuida. Enamórala con toda holgura; yo te guardo las espaldas. Nada temas, que ya conoces mi valor.

LISARDO. Basta de plática. (Yendo á abrazar á Florinda, que corre hácia él.)

BLASILLO. Basta. (Vase.)

FLORINDA. (Con pasion.) Lisardo...

LISARDO. Elorinda hermosa!

Si un punto pude olvidarte,
hème que vengo á librarte
de esa prision enojosa.
No cubra tu faz de rosa
de amarga tristeza velo;
los ojos alza del suelo
y en mí fijalos atenta;

cuanto mayor la tormenta,
más azul deja en el cielo!
FLORINDA. Me olvidaste? (Con sentimiento.)

LISARDO. Ni un instante.

(Significando que ántes habia mentido.)

Fija estuviste en mi mente
y abrasando dulcemente
mi corazon palpitante.
¿Qué entristece tu semblante?
FLORINDA. Mira mis párpados rojos
de llorar...

LISARDO. Quién te da enojos?

FLORINDA. La hechicera.

LISARDO. Vida mia!

Qué mayor hechiceria
que la lumbre de tus ojos?
No adivino qué razon
esas lágrimas produjo.

FLORINDA. Temo que el mágico influjo
me robe tu corazon.

LISARDO. Deja esa triste ilusion
que tu alegría oscurece:
amor que á la sombra crece
del honor, que de honor nace,
herida en el pecho hace
que nunca desaparece.

FLORINDA. Tengo celos.

LISARDO. Desvarío.

De qué?

FLORINDA. De todo.

LISARDO. Esto más?

FLORINDA. Del monte, si al monte vas;
del rio, si vas al rio;
de la huella, idolo mio,
que en el rústico sendero
dibuja tu pie ligero;
del césped que martiriza

y hasta del aire que riza
la pluma de tu sombrero.
Si ausente de mí te miro,
de tu constancia aún incierta,
pienso en tí si estoy despierta,
si dormida, en tí deliro,
y al quejumbroso suspiro,
de mi pasión mensajero,
le dice en son lastimero
la pena que aquí me hiere,
pregúntale si me quiere
lo mismo que yo le quiero.

Y al violento huracán
que conmueve la espesura,
y al céfiro que murmura,
y á las aves que se van,
mi ardiente y profundo afán,
mientras esperando muero,
les dice en son lastimero
que el alma toda me hiere,
preguntadle si me quiere
lo mismo que yo le quiero.

Si miro desde la reja
al sol trasponer el monte,
pienso que en el horizonte
de mí tu pasión se aleja.
Si una tórtola se queja,
juzgo su canto agorero,
y dice un ay! lastimero
de este corazón que se muere...

Si será que no me quiere
lo mismo que yo le quiero!

Suaves y bienhechoras
de la verdad sin agravios,
brotan por fin de tus labios
palabras consoladoras.
Dí si cuando lloro, lloras,

LISARDO.

si sufres tormento fiero,
si mueres por lo que muero
con dolorosa agonía,
si me quieres, vida mía,
lo mismo que yo te quiero.
Serena tu frente pura.
Si te quiero! Idolo amado!
Oye, Florinda. Criado
del monte entre la espesura,
aunque de razon oscura,
comprendí entre cien dolores,
qué vida de sinsabores
vive el hombre que no alcanza
*un ángel á su esperanza
y una estrella á sus amores.*
Por primera vez un día
esbelta, gentil y hermosa
te ví cruzar vaporosa
por esa arboleda umbría:
al mirarte, alma mía
sintió radical mudanza.
Quién es, dijo, la que avanza?
y respondieron dos flores...
*La estrella de tus amores,
el ángel de tu esperanza,*
Un fuego devorador
mi pecho encendió y mi mente,
y el susurro de esa frente
y el canto del ruiñeñor,
intérpretes de mi amor,
decian murmuradores
por esos campos de flores..
*Lisardo, otro bien no alcanza
que el ángel de su esperanza,
la estrella de sus amores.*
Desde entónçes, en tu quinta
mis miradas codiciosas

audaz fijé y en las rosas
que naturaleza pinta,
y en la caprichosa cinta
de nubes, que en lotananza
precede al sol cuando avanza,
fingiéronme mis ardores,
la estrella de mis amores
y el ángel de mi esperanza.
Desde entónces, codicioso,
donde quiera vé mi anhelo
tu hermosa faz: si en el cielo
un lucero esplendoroso
centellea luminoso,
pienso ver en sus fulgores,
que tiñen de resplandores
el firmamento en bonanza,
al ángel de mi esperanza
la estrella de mis amores.
Y tengo celos, si miras,
de cuanto tus ojos ven,
y tengo celos también
del ambiente que respiras.
Suspiro cuando suspiras,
lloro si llorosa estás,
te sigo do quier que vas,
te seguiré donde fueres.
No te quiero cual me quieres,
que te quiero mucho mas.

ESCENA V.

DICHOS, BLASILLO, corriendo.

BLASILLO. Señor, señor, tu rival se acerca seguido de Maese Pedro y un grupo de gente armada.

FLORINDA. Huye por Dios, Lisardo.

LISARDO. Tranquilízate. Vienen muchos?

- BLASILLO. Pocos. Unos cinco mil hombres .. Nos van á hacer trizas... No perdamos el tiempo... Estoy temblando como un azogado.
- FLORINDA. Qué piensas hacer?
- LISARDO. Si me dejara llevar del impulso de mi corazón, esperaría sereno á Fuenteseca aun á costa de mi vida; pero temo sobresaltarte.
- BLASILLO. Sí, no la asustes. Eso sería imprudente. Vaya, hasta la vista.
- LISARDO. Suéltame.
- BLASILLO. Mira, señor, que vamos á morir apaleados como dos conejos.
- LISARDO. Nada temas; observa si están distantes todavía.
- BLASILLO. Voy. (Va hácia la derecha.)
- FLORINDA. Huye por Dios, Lisardo.
- LISARDO. Tengo otra idea. Voy á reunirme contigo. (Suben ambos á la meseta de la escalinata.)
- BLASILLO. (Espantado.) Ay!
- LISARDO. Qué es eso?
- BLASILLO. Nada. (Pues no me ha espantado un pícaro gorrión? Los dedos me parecen huéspedes.)
- FLORINDA. De qué manera?
- BLASILLO. (Muy asustado.) Ay! Ya están aquí!
- LISARDO. Vas á verlo. Tú, Blasillo, escóndete detrás de aquella peña.
- BLASILLO. Buen abrigo!
- LISARDO. Yo te protejo. Corre.
- BLASILLO. Corro. (Escóndese tras la que está á la derecha.)
- FLORINDA. Y tú!
- LISARDO. Mira. (Desaparece el pórtico del palacio recobrando la tapia su forma primitiva. Quedan ocultos Lisardo y Florinda.)
- BLASILLO. Hombre! eso sí que ha sido gracioso. Conque juntitos y...
- FUENTESEC. Seguid por la falda. (Gran voz.)
- BLASILLO. Me cogieron como un gazapo. (Escóndese y acto continuo saca la cabeza para observar.) Á ver... Calla, calla: afortunadamente han echado por otro lado. Respiro! Pe-

sadito es por vida mia el oficio de brujo. Dígoles á vuesa merced que me están dando ganas de dejarlo. Esto no es vivir. Estoy derrengado! Qué tres días de zarandeo! Ay!

Tal vez diré un desatino;
pero me duele en el alma
haber perdido la calma
de mi vida de pollino.
Desde que en la hora fatal
soy hombre, todo es espantos.
¡Tiene muy dulces encantos
la existencia irracional!
Nadie en el mundo lo pasa (Discurriendo.)
tan bien, según yo discurro,
como el burro, si es el burro
un burro de buena casa.
Sin ninguna ocupación
que la cabeza le quiebre,
desde el pilon al pesebre,
desde el pesebre al pilon,
rascarse en las piedras toscas,
medio cómodo que alabo,
y hacer así con el rabo,
para espantarse las moscas.
A esto es solo ¡voto á tal!
á lo que obligado viene,
todo aquel burro que tiene
buena posición social.
Y en amor? ningún dolor
le da enfermedad tan seria.
Lo que es en esta materia
es dichoso, sí, señor.
Ni se postra, ni suplica.
ni .. Vaya una prueba de ello.
Ve un asno del sexo bello,
es decir, una borrica:
y en vez de los memoriales

y suspiros y miradas
y las cuatro mil asnadas
de los seres racionales,
suelta sin ningun adorno
para inaugurar la lucha,
un rebuzno que se escucha
doce leguas en contorno.
Rebuzno, que allá en su amor
¿Tú me quieres? significa:
si rebuzna la borrica
quiere decir, *sí, señor*.
Si no gusta de razones,
lo mira de rabo á cabo,
y haciendo así con el rabo
le quiere decir que nones.
Mas no por esto el pollino
se incomoda ni se ofende,
ni melancólico emprende
por los campos el camino,
pues rebuznando con arte
como quien dice «me escurro»
se va sério como un burro
con la música á otra parte.
Trabajo? como no oprima
sus lomos algun costal..
Pero qué ser racional!
no lleva una carga encima?
Terrible es mi padecer!
No hay resignación que aguante
pena tal. Y en adelante
qué es lo que voy á hacer?
Si fuera... mas soy un ente
de tan rara condicion...

ESCENA X.

DICHO, MAESE PEDRO y FUENTESECA, que salen de puntillas por la tercera
caja con objeto de acorralar á Blasillo. Traen mosquetes.

FUENTESEC. Blasillo, date á prision.

(Apuntándole por la izquierda.)

BLASILLO. ¡Santa Bárbara! (Retrocede.)

M. PEDRO. (Apuntándole por la derecha.) Detente.

FUENTESEC. La vida te concedemos
si te rindes.

M. PEDRO. Que ya es gracia.

BLASILLO. (Válgame la diplomacia.)

Señores, capitulemos.

Dejad los mosquetes.

FUENTESEC. Bien.

(Fuenteseca deja su mosquete junto á una peña de la izquierda
y Maese Pedro el suyo junto á otro de la derecha.)

BLASILLO. Podeis llegar hasta mí.

FUENTESEC. Me dais vuestra mano? (Volviendo.)

BLASILLO. (Le da un bofetón.) Sí.

M. PEDRO. ¿Y á mí, Blasillo?

BLASILLO. (Dándole otro.) También.

FUENTESEC. Ay! lo escabecho. (Yendo á coger su mosquete.)

M. PEDRO. (Yendo á coger el suyo.) Lo frío.

FUENTESEC. ¡Miserable traicion!
No habrá para tí perdon.

BLASILLO. Sujétalos, amo mio. (En alta voz.)

(Las peñas se trasforman en monstruos y sujetan á Fuenteseca
y á Maese Pedro por el trasero.)

FUENTESEC. Ay! ay!

M. PEDRO. Qué infamia!

Pobretes!

BLASILLO.

M. PEDRO.

FUENTESEC.

BLASILLO.

Como no me solteis luégo...

Qué hareis, infelices?

M. PEDRO. FUEENTESEC. Fuego.

BLASILLO. Con qué?

M. PEDRO. FUEENTESEC. } Con estos mosquetes.

BLASILLO. No están cargados de males,
sino de salud.

FUEENTESEC. Olvidas
que son armas homicidas?

BLASILLO. Son armas medicinales.
(Truécanse los mosquetes en geringas.)

FUEENTESEC. Grotesca trasformacion!
Ah! Vos tambien?...

M. PEDRO. Por supuesto.

FUEENTESEC. Tambien me imitais en esto?
Qué lujo de imitacion!

BLASILLO. Es natural. Por qué entonces
esas quejas?

M. PEDRO. (Al monstruo que le sujeta.) Vamos, vamos.

FUEENTESEC. Pues en qué país estamos?

M. PEDRO. En el país de las monas.

MUTACION.

Cámbiase el teatro en el país de las monas. Á esta decoracion debe dársele un aspecto pintoresco. Invaden el teatro infinidad de monos. Unos saltan de árbol en árbol, otros de las peñas, etc., etc.

M. PEDRO. Jesus!

FUEENTESEC. Cuánto animalillo!

BLASILLO. Sonreid: por qué estais serios?
No hay en los dos hemisferios
otro hombre como Blasillo. (Váse.)

BAILE DE MONOS.

MUTACION.

Interior del pabellon donde entró Lisardo y Florinda.

ESCENA XI.

LISARDO y FLORINDA, poco despues JAZMIN por escotillon.

FLORINDA. Ha sido graciosa la trasformacion! Pobre Fuente-seca!

LISARDO. Tu compasion seria más justa si la dirigieras á tu padre, no hácia mi rival, cuya temeraria tenacidad le hace indigno de ella.

FLORINDA. No te enfades, Puedes suponer interesada mi compasion? Creo que tu modestia no llegará hasta el punto de tener celos de ese viejo ridiculo.

LISARDO. No, Florinda mia, perdóname.

FLORINDA. Y qué vamos hacer, Lisardo? Permanecer aqui es muy arriesgado. Mi padre y Fuenteseca volverán de un momento á otro.

LISARDO. Huír juntos es imposible. No alcanza á eso el poder de mi talisman.

FLORINDA. Y tendrás que separarte de mí otra vez?

LISARDO. No queda otro remedio.

JAZMIN. (Saliendo por escotillon.) Yo te creia mas ingenioso, Lisardo.

LISARDO. Jazmin! Venis en nuestro auxilio, no es verdad?

JAZMIN. Si; estais amenazados de un gran peligro.

FLORINDA. Cuál?

LISARDO. Decid.

JAZMIN. El rey de los genios ha dispuesto que al dar hoy las tres en el reloj de su palacio, cese el poder de todos los talismanes vendidos en el castillo, exceptuando de esta orden á la rama de oro, cuyo poder adquirirá más fuerza desde dicha hora. Hay más. Hasta hoy á las tres ya no cesará el poder de la pata de

cabra: de manera que vuestro enlace será imposible, si una fuerza superior no viene en vuestra ayuda.

FLORINDA. Estamos perdidos!

JAZMIN. Esa fuerza podeis hallarla en la rama de oro.

LISARDO. Y dónde encontrarla?

FLORINDA. Si yo hubiera podido apreciar todo su valor, no la hubiera perdido.

LISARDO. Sabeis vos por ventura dónde se halla?

JAZMIN. Sí, tan luego como salió de las manos de Florinda, volvió al árbol misterioso de donde brota.

LISARDO. Y ese árbol dónde se encuentra?

JAZMIN. Á la puerta del palacio de la Felicidad, alcázar del rey de los genios.

LISARDO. Guiadme á él.

JAZMIN.Cuál es tu intento?

LISARDO. Apoderarme á toda costa de ese precioso talisman.

JAZMIN. La empresa es más arriesgada de lo que imaginas.

LISARDO. No me espantan los peligros.

JAZMIN. Debo advertirte que al apoderarte de ese talisman juegas un albur muy peligroso.

FLORINDA. Cuál?

JAZMIN. Para que la rama de oro obedezca la voluntad del mortal que la posea, es preciso que éste á su vez cumpla una condicion, una sola, que la rama impone ántes de prestar sus servicios.

LISARDO. Y qué condicion es esa?

JAZMIN. Es imposible adivinarla.

LISARDO. Nada me importa, como no me exija que deje de amar á Florinda.

JAZMIN. Tal vez sea esa la condicion.

LISARDO. En ese caso, renunciaré sus beneficios.

JAZMIN. Será tarde. Una vez arrancada la rama de oro, no hay mas remedio que obedecerla ó morir.

LISARDO. Qué más muerte que renunciar á mi amor! Guiadme. Puede acompañarnos Florinda?

JAZMIN. Sí. Piénsalo bien.

LISARDO. Estoy resuelto. Vamos?
JAZMIN. Vamos.

MUTACION.

Selva corta.

ESCENA XII.

BLASILLO y una contrafigura de Mariblanca que sale por la izquierda.

BLASILLO. Si no llevo mal la cuenta, creo que son cuarenta y nueve los mojicones que llevo repartidos. Ya tengo la mano dolorida, pero no paro hasta los doscientos. Alguien viene. Cuarenta y nueve, y uno, cincuenta. Ah! es Mariblanca... Bien. Cuarenta y nueve y doce, son sesenta y uno... Y si es ella la que me los da á mí? Muy resuelta viene. Me parece que lo más oportuno será poner piés en polvorosa... Calla! qué idea! Válgame la pildorita que me queda. No quiero que me vea huir. Llegad en buena hora, bruja infame, no os temo: yo tambien soy brujo, y si no, la prueba. Desapareced de mi vista! (Húndese por escotillon la contrafigura.) Já, já! no ha sido mala fortuna librarme de sus garras.

ESCENA XIII.

BLASILLO y MARIBLANCA por la derecha, vestida de hechicera, enteramente igual á la contrafigura.

BLASILLO. Já, já! Válgame San Macario! De dónde ha salido esta serpiente? (Viendo á Mariblanca.)

MARIBLANC. Escucha:

Hoy hace tres dias
que en esta arboleda
te habló una gitana
recien hechicera,

BLASILLO.

MARIBLANC.

BLASILLO.

MARIBLANC.

merced á la infamia
que hiciste con ella.
Acorta el exordio,
y al grano, que hay priesa.
Es corta, y lo acorta
si acortas la lengua.
Soy mudo.

Prosigo:

La maga pudiera,
merced al influjo
de mágica ciencia,
si fuera villana,
si noble no fuera,
la dicha quitarte,
quitar tu existencia.
Mas no es vengativa;
por eso á ti llega
cual ántes llegara
no altiva y soberbia
como esa orgullosa
preciada palmera
que luce en la frente
su verde diadema
de palmas gentiles
á guisa de reina,
sino como blanca
y humilde azucena
que esconde entre flores
de ménos belleza
sus cándidas hojas,
su frente serena.
No llena de envidia,
sino de modestia,
trayendo en sus manos
de paz el emblema;
la rama de oliva
no el rayo de guerra.

BLASILLO.

Y qué solicitas
con toda esa arenga?
Tu amor.

MARIBLANC.

Imposible.

BLASILLO.

Por qué?

MARIBLANC.

No lo sepas.

BLASILLO.

Terrible es la duda.

MARIBLANC.

Peor la certeza.

BLASILLO.

Pues dime la causa. (Rogando.)

MARIBLANC.

Pues ato mi lengua.

BLASILLO.

Pues has de decirla. (Con imperio.)

MARIBLANC.

Pues no has de saberla.

BLASILLO.

Por qué no me quieres? (Dulzura.)

MARIBLANC.

Si tú me quisieras

caprichos no habría

que no te cumpliera.

Deseas palacios?

Fortuna deseas?

Qué bienes codicias?

Qué dichas anhelas?

Responde, y al punto

verás satisfechas

tus más caprichosas

y raras ideas,

y bienes y dichas

tendrás, y riquezas,

jardines, palacios

de nacar y perlas,

fortuna y honores,

y dulce existencia,

y cuanto quisieres

con tal que me quieras.

BLASILLO.

Á tanto se extiende (Con ambición.)
tu rara influencia?

MARIBLANC.

Á todo.

BLASILLO.

Responde.

MARIBLANC.

Pregunta.

BLASILLO.

Pudieras
hacerme dichoso?

MARIBLANC.

El más de la tierra.

BLASILLO.

Muy rico?

MARIBLANC.

Otro Creso.

BLASILLO.

Feliz?

MARIBLANC.

Cuanto quieras.

Me viste aldeana,
me viste hechicera,
gitana me has visto,
me has visto princesa,
y un trono tendria
si un trono pidiera.

BLASILLO.

Y en él me sentaras?

MARIBLANC.

Y un reino rigieras.

BLASILLO.

No más con quererte? (Rapidez.)

MARIBLANC.

No más.

BLASILLO.

Pues espera.

MARIBLANC.

No calles.

BLASILLO.

No callo,
mas pienso.

MARIBLANC.

Qué piensas?

BLASILLO.

Que...

MARIBLANC.

Dilo.

BLASILLO.

Que...

MARIBLANC.

Habla.

BLASILLO.

Que en fin no me pescas,
que quiero ser libre.

MARIBLANC.

Que tal me suceda!

BLASILLO.

Qué pícara arpía!

MARIBLANC.

Qué horrible dureza!

Mal sienta en el hombre (Con despre-

que espada sustenta,
por más que de noble
la espada no sea,
groseros insultos
hacer á una hembra

Las frases corteses
arguyen nobleza.
BLASILLO. Razon no te falta.
MARIBLANC. Por qué me desprecias?
Será que en mi cuna
no encuentres alteza?
BLASILLO. Más baja es la mia.
No es eso. (Mucha rapidez.)
Soy fea?
BLASILLO. De cielo es tu cara.
MARIBLANC. Mis ojos...
BLASILLO. Estrellas.
MARIBLANC. Mi boca?
BLASILLO. De mieles.
MARIBLANC. Mis dientes...
BLASILLO. De perlas.
MARIBLANC. Mi cuello...
BLASILLO. De nacar.
MARIBLANC. Mi voz...
BLASILLO. Hechicera.
MARIBLANC. Mi talle...
BLASILLO. De mimbre.
MARIBLANC. Mi pie...
BLASILLO. Es una almendra.
MARIBLANC. Mi mado...
BLASILLO. Qué mano
más blanca y más tersa!
MARIBLANC. Belleza me falta?
BLASILLO. Te sobra belleza.
MARIBLANC. Soy sándia?
BLASILLO. Tú sándia!
MARIBLANC. Soy necia?
BLASILLO. Tú necia!
No quiero palacios (Entusiasmo.)
ni quiero riquezas,
ni dichas ni honores,
ni tronos ni perlas;

tu cara prefiero,
tus ojos de estrellas,
tu talle de mimbre,
tu voz hechicera,
que al fin han podido...
No calla tu lengua.
No calle...

MARIBLANC.

BLASILLO.

No calla;
mas pienso...

MARIBLANC.

BLASILLO.

Qué piensas?
Que...

MARIBLANC.

BLASILLO.

Dilo.

MARIBLANC.

BLASILLO.

Que...
Habla.

Que el gancho no me echas;
por poco me coge.

Jesús, qué culebra!

Bendita mi boca!

Maldita tu lengua!

Escucha.

MARIBLANC.

BLASILLO.

MARIBLANC.

BLASILLO.

Enmudece.

Pues sábele...

MARIBLANC.

Cesa,

que tiñe mi rostro

la roja vergüenza.

Bastante he rogado.

Ya soy altanera.

La paz he ofrecido.

Prefieres la guerra?

Tu hostil pensamiento

cumplido se vea.

Te quise y quería

(Rapidez progresiva hasta el final de la escena.)

que tú me quisieras,

mas hoy sólo quiero

que nunca me quieras.

Qué quieres? Caprichos!

Querrás! Y quisiera
que cuando queriendo
suspires y mueras,
tu objeto querido
quererte no pueda:
sí puede quererte
quererte no quiera;
que quieras pasando
queriendo mil penas;
que á todos quisieres
y nadie te quiera,
y en fin, que los cielos
benéficos sean,
y quieran al verte
quererme de veras,
que yo te abomine,
que airada yo sea.
que yo te desprecie,
que yo te aborrezca. (Fuerza.)

BLASILLO.

Á precio ninguno
las paces hiciera.

MARIBLANC.

La paz? Es muy tarde.

BLASILLO.

Pues guerra.

MARIBLANC.

(Mucha fuerza.) Pues guerra. (Vase Blasillo.)

Tu vanidad altanera
sabrán muy pronto vencer,
ya que no les de mujer
los encantos de hechicera.
Yo encontraré la manera
con mis hechizos suaves,
de hacer que de odiarme acabes
y á necesitarme empieces
como la ninfa los peces
y como el viento las aves.
Te venceré, yo lo fio;
mi poder fascinador
hará tan grande tu amor

como grande es tu desvío.
En pos del cariño mio
impulsado por los celos,
pronto irás entre desvelos
como va el ave pintada
tras la sombría enramada
donde dejó sus hijuelos.
Obraste como bastardo:
pero bien puedes creer
que no es bastante á vencer
el talisman de Lisardo.
Tranquila la lucha aguardo
que la gloria lleva en pos,
yo la alcanzaré por Dios!

(Apostrofando á su genio.)

Obrad una hechicería!
Veremos, por vida mia,
quién puede más de los dos.

ESCENA XIV.

MARIBLANCA, MAESE PEDRO y FUENTESECA.

FUENTESEC. Estoy derrengado. Traigo rota la cintura.

M. PEDRO. Y yo toda la columna vertebral.

MARIBLANC. Oid.

M. PEDRO. Mariblanca!

FUENTESEC. Venis á anunciarnos alguna desgracia?

MARIBLANC. Sí.

FUENTESEC.Cuál?

MARIBLANC. Florinda y Lisardo se encaminan en este momento al palacio de la Felicidad en busca de la rama de oro.

FUENTESEC. Pero podrán conseguir su objeto?

MARIBLANC. Sin duda, puesto que cuentan con el auxilio de Jazmin, que les sirve de guía.

FUENTESEC. Rayos del cielo!

- M. PEDRO. Y qué debemos hacer?
- MARIBLANC. Impedirlo á toda costa.
- FUENTESEC. De qué manera?
- MARIBLANC. El éxito de nuestra empresa depende de vuestra ciega sumision á mis mandatos.
- FUENTESEC. Contad con ella.
- MARIBLANC. La pérdida de un minuto podria sernos fatal. Cumplid mis designios, auxiliares de mi poder. (En alta voz.)
- FUENTESEC. Seria indiscreto preguntaros cuáles son?
- MARIBLANC. Sí: Básteos saber que Lisardo y Blasillo acaban de caer nuevamente en desgracia.
- FUENTESEC. Y Florinda?
- MARIBLANC. No: dirigios inmediatamente al palacio de la Felicidad, y la encontrareis en el camino.
- FUENTESEC. No teneis más instrucciones que comunicarnos?
- MARIBLANC. Ninguna.
- FUENTESEC. Entónces...
- MARIBLANC. Volad.
- FUENTESEC. Pero...
- MARIBLANC. Os digo que voleis.
- FUENTESEC. (Á Maese Pedro.) Vamos.
- M. PEDRO. Bien; pero yo...
- FUENTESEC. Que volemos nos ha dicho. (Vánse.)
- MARIBLANC. Ya estamos otra vez frente á frente. Veremos quién puede más de los dos. Mi idea es ingeniosa. (Vase por la derecha.)

MUTACION.

Barranco quebradísimo. Puerta de una caverna, sobre la cual se lee: TEMPLO DE LA FELICIDAD. Rocas.

ESCENA XV.

LISARDO, en traje de pastor. BLASILLO, vestido con la botarga de pollino.

LISARDO. Qué te parece, Blas, de la mudanza?

BLASILLO. Terrible retroceso!
Cuando miro el fanal de mi esperanza
hundirse en el ocaso,
si á la inflexible lógica recurro,
claramente me enseña que á este paso
un paso más, y me convierto en burro.

LISARDO. Desdichado destino!
Estrella desgraciada!
De la dicha correr por el camino,
ver el palacio donde el bien anida
y al llegar á su puerta... está cerrada!

BLASILLO. Qué te asombra, señor? Esa es la vida:
por lo consolador juzgo oportuno
recoñdarte que van los hombres locos
ese templo á asaltar; se acercan pocos
al dintel, de estos pocos llega alguno;
mas en él penetrar, eso ninguno.

LISARDO. Triste verdad que mi alegría embarga!
Qué hemos de hacer?

BLASILLO. Señor, por qué te quejas?
Tú, volver á cuidar de tus ovejas...
Pero, ay de mí, que volveré á la carga!
Há poco no sentia y ahora siento
volver á la existencia de jumento.

LISARDO. Y de Florinda bella, separado
será fuerza vivir! Del astro hermoso
cuya lumbré encendida
la senda del amor me señalaba,
norte seguro de mi fe perdida,
iris bello de paz que serenaba
el horizonte oscuro de mi vida.
Separarme de tí tampoco quiero.

BLASILLO. Triste separacion que el alma llora!
Tampoco tu escudero:
para vivir con ella hazla pastora,
para vivir conmigo, hazte arriero.
Serenó y animoso

sigue tenaz la comenzada lucha.

Un talisman no tienes poderoso?

LISARDO. Es impotente ya.

BLASILLO. Cielos!

LISARDO. Escucha.

Quédale de poder muy breve espacio;

cesará la influencia de su magia

cuando suenen las tres en el palacio.

BLASILLO. Qué tu voz melancólica presagia

que el alma toda de amargura llena?

Espera en Dios que enseñará camino...

(Suenan las tres lenta y gravemente.)

Ese reloj...

LISARDO. Las tres! Duro destino!

Es la hora fatal esa que suena!

Aquí murió mi amor!

BLASILLO. Y aquí un pellino!

ESCENA XVI.

DICHOS, JAZMIN por la cueva del fondo.

JAZMIN. Todo se ha concluido.

LISARDO. Jazmin aquí!

JAZMIN. Como te anuncié, acaba de cesar el poder de vuestros talismanes.

LISARDO. Y Florinda?

JAZMIN. Protegida por Mariblanca se halla con Fuenteseca en ese palacio.

BLASILLO. Pues cuando salga... (disponiéndose á dar un beseton.)

LISARDO. Sabes su intento?

JAZMIN. El de la hechicera?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Pedir al rey de los genios la mano de Florinda.

LISARDO. Se la concederá?

JAZMIN. Mucho lo temo. La influencia de Mariblanca es mayor que la mia.

- BLASILLO. (Pobre amo mio! Si con mi sangre pudiera darle la felicidad, se la daría.)
- LISARDO. Es decir que no queda ningún remedio?
- JAZMIN. Ninguno; porque la rama de oro...
- BLASILLO. (La rama de oro?)
- LISARDO. Dónde está?
- JAZMIN. (Señalando una roca.) Allí.
- LISARDO. No la veo.
- JAZMIN. Brota. (Brota u a rama de oro.) Qué vas á hacer? (Viendo que Lisardo corra hácia la rama.)
- LISARDO. Arrancarla.
- BLASILLO. (Ea, valor! Ya que sufre por mi causa, salvémosle.)
- JAZMIN. Piensa que puede costarte la vida.
- LISARDO. No puede tambien darme la felicidad?
- JAZMIN. Sí.
- LISARDO. En ese caso no vacilo. (Interpónese Blasillo entre la rama y Lisardo.)
- BLASILLO. Si el peligro consiste en arrancarla, para mí el peligro y para tí la dicha. (Coge la rama para arrancarla.)

ESCENA XVII.

DICHOS y MARIBLANCA por la cueva.

MARIBLANC. Detente.

BLASILLO. { Mariblanca!

LISARDO.

MARIBLANC. El rey de los genios acaba de concederme para Fuenteseca la mano de Florinda.

LISARDO. Hechicera infame!

BLASILLO. Pero dueño yo de la rama de oro, podré revocar la concesion?

MARIBLANC. Sin duda, y sin embargo no la arrancarás.

BLASILLO. Por qué?

MARIBLANC. Porque yo te lo prohibo.

BLASILLO. Y quién eres tú para imponerme condiciones?

MARIBLANC. Una maga poderosa.

BLASILLO. Pues esta vez será mi voluntad más fuerte que tu influencia. Vaya un empeño en llevarme la contraria! La arrancaré contra tu voluntad, y aunque se opusiera á ello toda la hechicería junta.

MARIBLANC. Si la arrancas... ay de tí!

BLASILLO. No sabes tú quién soy yo.

MARIBLANC. No la arrancarás.

BLASILLO. Que no? (La arranca.)

Pues ya la arranqué.

(Golpe de campana chinesca.)

MARIBLANC. (Gozosa.) Vencí!

Ha de cumplir quien arranca
ese talisman que ves,
una condicion.

BLASILLO. Cuál es?

MARIBLANC. Casarse con Mariblanca.

(Aparece este letrado en el fondo.)

BLASILLO. Pues no la quiero cumplir.

MARIBLANC. Fuerza será resignarse.

BLASILLO. Conque es preciso casarse?

MARIBLANC. Casarse.

BLASILLO. Y si no?

MARIBLANC. (Leyendo la palabra morir que aparece en el fondo.)

Morir.

BLASILLO. No, pues tampoco me agrada.

MARIBLANC. (Te hice en mis redes caer.)

BLASILLO. Vamos, acabo de hacer
una insigne borricada.

MARIBLANC. Discurrió mi entendimiento
y el discurrirlo era justo,
que sin amor y á disgusto
sólo se casa un jumento.

Para quitar el motivo
que me hace enojosa serte,
juzgué oportuno volverte
á tu estado primitivo.
Ardid que me hace vencer...

- BLASILLO. Acepta mi matrimonio. (Con satisfaccion y orgullo.)
No inventaría el demonio
lo que inventa una mujer.
Mas conspiras contra tí,
porque si el marido no ama...
- MARIBLANC. Yo lograré de esa rama
que te enamore de mí.
- BLASILLO. Ya maldecirás tu suerte.
No te haré llevar mal paso.
Conque... á ver... si no me caso
tengo segura...
- MARIBLANC. (Aparece tambien este letrero en el fondo.) La muerte.
- BLASILLO. Y si me someto al yugo
dándote mi mano hermosa?
- MARIBLANC. Será tu vida dichosa.
- BLASILLO. Pues entónces... Apechugo.
(Golpe de campana china.)
- LISARDO. Vencimos. (Satisfaccion en todos.)
- JAZMIN. Sí.
- BLASILLO. Y aunque creo
difícil á la verdad
hallar la felicidad
por la puerta de himeneo.
para lograr conocer
si escondes venturas ciertas,
ábreme, rama, las puertas
del alcázar del placer.

MUTACION.

Interior del Templo de la Felicidad.

MÚSICA EN LA ORQUESTA.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FLORINDA, MAESE PEDRO, FUENTESECA, el REY DE LOS GÉNIOS
sentado en el trono, rodeado de muy pocos de sus vasallos.

FLORINDA. Lisardo! (Yendo hacia él.)
LISARDO. (Con amor.) La pena acaba.
FUENTESEC. (Nos vendió esa fregatriz.) (Por Mariblanca.)
BLASILLO. Hay menos gente feliz
de la que yo imaginaba.
Os perdono lo pasado;
de dura mi alma no peca;
vete al punto, Fuenteseca,
á tu quinta desterrado,
y muy buen viaje, amigo:

(Váse Fuenteseca por escotillon.)

FLORINDA. Maese, aunque no le cuadre...
BLASILLO. Mira, Blas, que ese es mi padre.
Pues bien, quédese contigo.
Esta es mi mano de esposo; (Á Mariblanca.)
tiéndeme tú la de esposa:
sólo me falta una cosa
para ser muy venturoso.
Cuál es?

MARIBLANC.
BLASILLO. Decírtela quiero,
aunque cobre mala fama;
ya que es de oro la rama
un poquito de dinero. (Lluvia general de oro.)
Muchas gracias; esto es.
Hija, el deseo es inundo;
pero sin oro en el mundo
nos llevan á puntapiés.
Ya soy ricó!

MARIBLANC. Guarda, Pablo.

BLASILLO. Á gastar.

MARIBLANC. Economías.

Piensa que todos los dias
no hace *Almoneda el Diablo*.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado las adiciones y modificaciones hechas en esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea de este modo.

Madrid 9 de Diciembre de 1864.

El censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrero.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catalina.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Lglojas de Africa.
 Los criados.
 Los calleros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida).
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 María y María.
 Madrid en 1848.
 Madrid á vista de pájaro.
 Mel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matita! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Natividad.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es don Dinero.
 Pecados veniales.
 Premito y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel!...
 Quien mucho alarga.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y pecador.
 San Isidro (Patron de Madrid).
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabaja por cuenta ajena.
 Tod' uno.
 Torbellinos.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómene como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza local.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en ensarte.
 Una lección reservada.
 Un marido sustituto.
 Un equivoco.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un príncipe y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los esba-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Ángelica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas.
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Céjro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 vecdor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calcsro y la maja.
 El perro del hortelano.
 En ceja y en Marruecos.
 El león en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lírico).
 El postillon de la Rioja (Música).
 El vizconde de Letorier.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El coleccionista.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo.
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡genial!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del oro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mundo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giraldo.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanas. (Música).
 Jacinto.
 La Hiera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnipotente.
 Las bodas de Juanita. (Música).
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca no gra.
 La estatua encanada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música).
 La toma de Teluan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitana.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (Música).
 Matilde y Mateo-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie loque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.
Alcoy.
Alicante.
Almería.
Avila.
Badajoz.
Barcelona.

Bilbao.
Burgos.
Caceres.
Cadiz.
Canarias.

Cartagena.
Castellon.
Ciudad-Real.
Cordoba.
Coruña.
Cuenca.
Eclija.
Ferrol.
Gerona.
Gijon.
Granada.

Guadalajara.
Habana.
Huelva.
Huesca.
Játiva.
Jerez.
Leon.
Lérida.
Logroño.

R. S. Perez.
J. Martí.
J. Gossart.
Alvarez Hermanos.
S. Lopez.
F. Coronado.
Viuda de Sartumeus y
Cerdá.
E. Delmas.
T. Arnal y A. Hervias.
H. E. Perez.
Verdugo y Compañia.
F. Maria Poggi, de Santa
Cruz de Tenerife.
J. Mellado y Orcjada.
J. M. de Soto.
P. Acosta.
M. Garcia Lovera.
J. Lago.
M. Mariana.
J. Gual.
N. Taxonera.
F. Dorca.
Grespo y Cruz.
J. M. Ruensalida y Viuda
e Hijos de Zamora.
R. Ochoa.
N. Geb. Ros.
J. P. Ochoa.
N. Guillen.
J. Perez Fluixá.
F. Alvarez de Sevilla.
Mihon Hermans.
M. Ballespi.
P. Brieba.

Lugo.
Mahon.
Málaga.

Manila (Filipinas).
Mataró.
Murcia.

Orense.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.

Pamplona.
Pontevedra.
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.

Reus.
Salamanca.
Santúcar.

San Sebastian.
Santander.
Segovia.

Sevilla.
Soria.
Tarragona.

Teruel.
Toledo.
Valencia.

Valladolid.
Vitoria.
Zamora.
Zaragoza.

Viuda de Pujol.
P. Vincent.
J. G. Teboadela y P. de
Moya.

M. Planas.
N. Clavell.
T. Guerra y Herederos
de Andrian.

J. Ramon Perez.
J. Martinez.
Peralta y Menendez.

F. J. Gelabert.
J. Rios.
J. Buceta Solla y Comp.

J. A. Rafoso.
J. Mestre, de Mayagüez.
J. Prius.

R. Huebra.
I. de Oña.
A. Garralda.

Miguel Ruano.
B. Escribano.
L. M. Salcedo.

F. Alvarez y Comp.
F. Perez Rioja.
V. Font.

F. Baquedano.
J. Hernandez.
I. Garcia, F. Navarro y
Mariana y Sanz.

D. Jover y H. de Rodrigz
J. Oquendo.
V. Fuertes.
L. Ducassi, J. Comin
Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerías de la VIUDA E HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.